

REDES EPISTOLARES:
ENTRE LA CIRCULACIÓN EDITORIAL
Y LA AUTODEFINICIÓN INTELECTUAL
(EL EPISTOLARIO HISPANOAMERICANO DE FEDERICO
GARCÍA GODOY)

*Isabel DE LEÓN OLIVARES**

Recibido el 23 de junio de 2016; aceptado el 06 de septiembre de 2016

Abstract

This paper deals with the literary letters written by a man who was a part of intellectual networks that created the Latin American intellectual scene in the first 25 years of the twentieth century. It is true that Federico García Godoy may well be considered a minor character, nevertheless, in his time, he was one of the best known and credited writers from República Dominicana. A major part of his literary prestige was built due to his prolific epistolary exchanges.

Key words: *Literary and intellectual networks in Latin America, Federico García Godoy, epistolary exchanges. Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña.*

Resumen

Este escrito trata de la correspondencia literaria de un escritor que participó activamente en las redes epistolares que tejieron el panorama intelectual latinoamericano durante el primer cuarto del siglo XX. Si bien Federico García Godoy podría considerarse una figura “menor”, en su tiempo fue

* Posgrado en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, México, correo electrónico: isdolo@hotmail.com

uno de los escritores de República Dominicana más conocidos y reconocidos en el extranjero. Gran parte de su prestigio literario provino, precisamente, de un prolífico intercambio epistolar.

Palabras clave: *Redes intelectuales y literarias en América, Federico García Godoy, Intercambios epistolares, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña.*

“Feliz tú, Pedro, que sabes escribir cartas día por día y que siempre tienes material para ello. A mí me agobia sólo la idea de que hoy tengo cinco cartas pendientes”.¹ Así le respondía Alfonso Reyes a su aparentemente incansable amigo Pedro Henríquez Ureña en una misiva del 21 de enero de 1908. El agobio del joven Reyes —quien con el tiempo se convertiría en una “verdadera máquina redactora de misivas”—² no era para menos. “Escribir cartas día por día” fue una actividad que, efectivamente, a finales del siglo XIX y durante la primera mitad del xx, numerosos escritores latinoamericanos volvieron parte nodal y cotidiana de su cada vez más metódico, disciplinado, autónomo y complejo trabajo intelectual. Y es que no se trataba de escribir cartas sólo para comunicarse con los amigos más íntimos o los parientes lejanos. No, se escribían cartas para encontrarse con los iguales, los colegas, aquellos con quienes se conformaba —o se aspiraba a conformar— una comunidad de intelectuales “en diálogo”.³ Diálogos a distancia que, pese a los destiempos y silencios propios de la correspondencia, alcanzaron verdaderas dimensiones transnacionales en esa América Latina de entresiglos.

Como llegó a afirmar otro asiduo cultivador del género epistolar en nuestra región, José Enrique Rodó, se *escribían cartas día por día* “con el vivo deseo” de que fueran “el comienzo de estrecha(s) amistad(es) intelectual(es)”, capaces de fortalecer “los lazos de fraternidad moral e intelectual que deben unir a los pueblos de América y España” o, al menos, capaces de

¹ “Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 21 de enero de 1908”, en José Luis Martínez, *Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, FCE, México, 1986, p. 59.

² Jorge Myers, “El epistolario como conversación humanista: la correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1939)”, *Políticas de la Memoria*, núm. 15, 2014-2015, p. 54.

³ Liliana Weinberg, *Ensayo y sociabilidad intelectual*, en prensa.

abrir todo un abanico de intercambios posibles.⁴ El intercambio, por ejemplo, de “datos, noticias, libros y periódicos de por acá que puedan contribuir a que Ud. forme exacta idea de la cultura actual de nuestros pueblos”.⁵ El intercambio de “las impresiones y juicios” de lectura “de lo que lleva escrito Ud”.⁶ El intercambio de “modos de sentir y pensar” sobre temas políticos, sociales y literarios, gracias a lo cual los correspondientes podían hacerse partícipes, desde su ámbito privado, en la construcción de un espacio de la opinión pública. El intercambio de la propia obra, con la esperanza de hallar lectores en otras latitudes o una crítica que “la comentase”. Y si ya la amistad se hacía más profunda, el intercambio de consejos, chismes y noticias de la vida privada o del quehacer intelectual cotidiano, con sus éxitos y aspiraciones, sus desencantos y frustraciones.

Lo destacable del período es que la carta funcionó, igualmente, muestra Jorge Myers en relación al caso de Alfonso Reyes, como fuente de construcción y consagración de los escritores como figuras intelectuales.⁷ En efecto, muchos escritores, advierte Myers, asumieron la redacción de cartas con la misma exigencia “estilística y conceptual” que la redacción de ensayos o poemas. Se escribían cartas con la plena conciencia de que éstas, algún día, podían publicitarse, “ser leídas por terceros” y, en ese sentido, “más que un simple medio de comunicación” podían constituir “un elemento de intervención directa en el debate cultural y político del momento”.⁸ La carta brindaba la posibilidad a los escritores de autoconstruirse y prestigiarse públicamente como intelectuales con base en un diálogo a distancia con los pares, donde lo importante no sólo era lo que se decía sino, también, a quien se le decía. Como explica François Dossé, “además de su utilidad en la circulación de las informaciones, la elección de aquellos con quien uno se cartea también es un medio de autolegitimarse por su participación en tal o cual red reputada, que le da un sitio en su cartografía del saber erudito”.⁹

⁴ “Carta de José Enrique Rodó a Antonio Rubió y Lluch, 5 de marzo de 1898”, en José Enrique Rodó, *Epistolario con dos notas preliminares de Hugo D. Barbagelata*, Buenos Aires, 1921, p. 14.

⁵ “Carta de José Enrique Rodó a Leopoldo Alas, 5 de septiembre de 1897”, en José Enrique Rodó, *Obras completas*, Aguilar, España, 1967, pp. 1325-1326.

⁶ *Ibid.*, p. 1326.

⁷ Jorge Myers, *op. cit.*

⁸ *Ibid.*, p. 54.

⁹ François Dossé, *La marcha de las ideas*, Univesitat de València, Valencia, 2007, p. 25.

La carta, entonces, como medio de información e intercambios literarios, pero, también, como fuente de prestigio, diálogos y autodefiniciones intelectuales:¹⁰ he ahí la lectura que quisiéramos proponer en este escrito en torno a la correspondencia literaria de un escritor dominico-cubano, Federico García Godoy (1857-1924), que desde los márgenes de una periferia antillana, participó activamente en las redes epistolares que tejieron el panorama intelectual latinoamericano durante el primer cuarto del siglo XX.¹¹ Si bien hoy en día este personaje podría considerarse una figura “menor” dentro de una historia intelectual latinoamericana, en su tiempo fue uno de los escritores de República Dominicana más conocidos y reconocidos en el extranjero. Gran parte de su prestigio literario provino, precisamente, de un prolífico intercambio epistolar que, desde 1900, supo establecer con los escritores latinoamericanos más destacados del momento: José Enrique Rodó, José Martí, Rubén Darío, Rufino Blanco Fombona, Francisco García Calderón, Manuel Ugarte, Pedro Henríquez Ureña, Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes, Antonio Caso, entre muchos otros.

El presente trabajo apunta a mostrar la manera cómo García Godoy, gracias a las cartas que trocó con estos autores, participó en una activa y transnacional circulación de bienes simbólicos —libros, revistas y folle-

¹⁰ Afirma Zygmunt Bauman que las definiciones del intelectual si bien son muchas y variadas, todas tienen un rasgo en común: son autodefiniciones. “Efectivamente, sus autores son miembros de la misma rara especie que intentan definir”. Más que una categoría que denote la descripción objetiva de una realidad preexistente, la del intelectual supone auto-reclutamiento, autoadscripción, autoidentificación, autorepresentación. Como toda definición, la del intelectual traza el límite de su propia identidad y, con ello, ahonda la división del terreno social: separa el aquí del allá, el adentro del afuera, el nosotros del ellos, el intelectual del no intelectual. “En consecuencia, tiene poco sentido plantear la pregunta “quienes son los intelectuales” y esperar como respuesta un conjunto de mediciones objetivas o siquiera un ejercicio de señalamiento con el dedo (...) En cualquier momento y lugar, ‘los intelectuales’ se constituyen como un efecto combinado de movilización y autorreclutamiento (...)”. Zygmunt Bauman, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2005, pp. 9-10.

¹¹ Sobre las redes epistolares, y en general intelectuales, de este periodo véanse los trabajos de Susana Zanetti, “Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)”, en Ana Pizarro (org.), *América Latina: palabra, literatura e cultura*, vol. 2, Unicamp, Sao Paulo, 1994; Claudio Maíz, *Constelaciones unamunianas. Enlaces entre España y América (1898-1920)*, Ediciones Universidad de Salamanca, España, 2009; “Dossier. La correspondencia en la historia política e intelectual latinoamericana”, en *Políticas de la Memoria*, núm. 15, 2014-2015, pp. 5-122.

tos de literatura hispanoamericana— que se convirtieron en el objeto principal de sus reflexiones literarias. Así, al mismo tiempo que fungió como un destacado *importador*¹² de literatura hispanoamericana dentro del área cultural caribeña, fue uno de sus más tempranos y fecundos críticos, logrando que sus escritos se publicaran en revistas literarias de Santo Domingo, México, Buenos Aires, La Habana y Caracas, o se reeditaran en forma de libros en Nueva York, Madrid y París. En los cientos de ensayos de crítica literaria que escribió, García Godoy se autodefinió como un crítico impresionista, cuya reflexiones siempre versaron sobre los libros y las revistas hispanoamericanas que le llegaron a través de su correo, de tal suerte que su nombre y su prestigio quedaron estrechamente asociados a estos bienes simbólicos y a los corresponsales que hicieron posible su intercambio. En ese sentido, el análisis cualitativo de las redes epistolares de este escritor “marginal” sirve de ejemplo para dimensionar los alcances de esos *diálogos a distancia* que tendieron puentes entre los intelectuales de una América Latina continental y un Caribe insular, haciendo posible tanto una activa circulación de bienes culturales como la definición de nuevas funciones intelectuales —en este caso, la del crítico literario— con base en una relacionalidad de *sur a sur*.

¹² Utilizamos la noción de “importador” en el sentido propuesto por Gustavo Sorá: “La idea del (...) ‘importador’ está inspirada en las propuestas de Blaise Wilfert (quien afirma): ‘El término importadores, tan poco usual en historia intelectual y literaria, puede sorprender. A menudo se prefiere el de ‘mediadores’, ‘passeurs’, inclusive ‘cosmopolitas literarios’. A diferencia de estas designaciones vagas pero también nostálgicas, patéticas o apoloéticas, importador nos permite, precisamente, por su desencanto, poner a distancia las mitologías retrospectivas y las representaciones legadas por los propios interesados, celosos de distinguirse del común de los mortales literarios por sus redes internacionales. El sentido material y económico de importación permite dedicarse al estudio de transferencias precisas, transferencias de textos o de conocimientos sobre textos, en los cuales los actores comprometen una parte de su identidad social, asociando su nombre a los objetos importados, presentándose, por lo tanto, como garantes de su interés (o de su ausencia de interés, cuando se trata de oponerse a la transferencia)... A partir de las biografías, de bibliografías detalladas, de análisis de prefacios, de resúmenes de revistas o de correspondencia, se puede aislar un conjunto limitado de nombres para quienes la importación tuvo, al menos en un momento, un rol esencial en su posición en el campo intelectual y su identidad social’”. Gustavo Sorá, *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2003, pp. 36-37.

Desde los márgenes del arraigo

En marzo de 1917, en las páginas de la revista ilustrada *Letras de Santo Domingo*, se leía lo siguiente sobre la labor intelectual de Federico García Godoy, en una comparación con los escritores jóvenes y viejos de la República Dominicana:

(...) Y los viejos, los ya definitivamente consagrados, trabajan mucho menos que los jóvenes. Hay una gloriosa excepción; Don Federico García Godoy, escritor a quien admiro doblemente. Porque si es de admirar su capacidad crítica, que traiciona de cuando en vez porque su natural bonhomía le hace ver cuando se trata de compañeros o discípulos al discípulo o al compañero antes que al autor, *no es menos admirable su desinteresada dedicación al cultivo de las letras en una ciudad interior donde todo debe ser a ese respecto inadecuado. Sin embargo este hombre vive en un noble ambiente libresco, en un asiduo comercio epistolar con escritores españoles e hispanoamericanos. Las novedades literarias de Europa o de América al poco tiempo dejan de serlo para él, que vive allá en su retiro de La Vega. Acaso sea el dominicano por cuyo cerebro curve el mayor número de ideas. Capacidad crítica, lectura copiosa, laboriosidad infatigable, entusiasmo juvenil, he ahí las principales condiciones de este escritor de fama (cursivas mías).*¹³

Tal como se desprende de esta descripción, en la trayectoria de nuestro autor destaca un rasgo con el que podríamos comenzar la historia de sus religaciones epistolares. Nos referimos al hecho de que, pese al cosmopolitismo de su obra y al elitismo de su quehacer, García Godoy fue un autor que no hizo del viaje “uno de los rituales básicos” de su formación literaria, ni tampoco, “la base misma de la autoridad de su trabajo intelectual”.¹⁴ Se trató, más bien, de un escritor bastante sedentario, cuyo lugar de escritura, encuentro y diálogo con sus pares fue siempre una provincia al interior de República Dominicana.¹⁵ En efecto, García Godoy perteneció a una oleada de inmigrantes cubanos que, con motivo de la guerra de los Diez Años en

¹³ Horacio Blanco Fombona, “Comentarios”, en *Letras*, año I, núm. 8, 25 de marzo de 1917, Santo Domingo.

¹⁴ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, FCE, México, 1989, pp. 145-147.

¹⁵ Este es un rasgo que destacan los biógrafos de García Godoy, desde Rufino Martínez, *Diccionario biográfico-histórico dominicano 1821-1930*, Santo Domingo, UASD, 1971, pp. 192-193, hasta Manuel Cartagena, “Una introducción a la vida, la obra y las ideas de Federico García Godoy”, en Federico García Godoy, *Obras escogidas I. Trilogía patriótica y El derrumbe*, Fundación Corripio, Santo Domingo, 2004, p. 7-72.

Cuba, buscó refugio en otras islas del Caribe. Desde su arribo en 1868 —a los once años de edad—, fijó su residencia en las provincias norteñas de República Dominicana: primero, Puerto Plata; después, Santiago de los Caballeros y, finalmente, La Vega. Así, lejos de ser habitante de la capital político-administrativa del país —la *ciudad letrada* de Santo Domingo—, García Godoy fue un autor arraigado en los bordes de una periferia antillana: el Cibao.

José Ramón Abad en la obra que redactó por órdenes del gobierno dominicano “para concurrir á la Exposición Universal de París de 1889”,¹⁶ explicaba que el Cibao correspondió en el siglo XIX “á la parte N[orte] de la gran Cordillera central, y comprende las provincias de Santiago, La Vega, Espaillat, una parte de la del Seibo, otra pequeña de la de Santo Domingo, y los tres distritos marítimos de Monte Cristi, Puerto Plata y Samaná”.¹⁷ El carácter periférico de esta región no fue, sin embargo, sinónimo de marginalidad. Durante la segunda mitad del siglo XIX, esta zona fue “lo más rico y potente de la nación”,¹⁸ gracias a la exportación, primero, de tabaco —que sin seguir la norma caribeña de las plantaciones, se cultivaba bajo un régimen de pequeños y medianos propietarios— y, posteriormente, de cacao y café.¹⁹ El Cibao fue, retomando una frase de Pedro Henríquez Ureña, el lugar por donde entró a la República Dominicana “la ley del siglo XX, la que pide a todo habitante de la tierra su porción de trabajo, su parcela de actividad”.²⁰ Y es que fue ahí donde se dejaron ver y “escuchar”, por vez primera, esos signos inconfundibles de la modernización decimonónica que, al paso del tiempo, lo trastocarían todo y lo dinamizarían todo: ferrocarriles, máquinas de vapor, telégrafos, teléfonos, etc.

No es el clamor de fratricida lucha lo que confusamente se escucha, clamor que perturba al campesino en las pacíficas faenas que le proporcionan el necesario sustento (...); no es tampoco el rumor de próxima invasión de los in-

¹⁶ José Ramón Abad, *La República Dominicana. Reseña General Geográfico Estadística* (1888), Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo, 1993, p. 5.

¹⁷ *Ibid.*, p. 43.

¹⁸ *Ibid.*, p. 399.

¹⁹ Pedro San Miguel, *Los campesinos del Cibao. Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*, Archivo General de la Nación, Santo Domingo, 2012.

²⁰ Pedro Henríquez Ureña, “La antigua sociedad patriarcal de las Antillas (modalidades arcaicas de la vida en Santo Domingo durante el siglo XIX)”, en *Ensayos*, CONACULTA, México, 1998, p. 389.

quietos habitantes de allende el Kereabras, que cual el angustioso *Anibal ad portas* de la Roma antigua viene a sembrar la alarma en los corazones; no, no es nada de eso lo que con verdadero júbilo escuchan los hijos de la ciudad que besa el Camú. Es el ruido de los trabajos del ferrocarril que están ya a la vista (...) Con placer sin igual contemplamos la apertura de la trocha por donde deberá pasar esa gigante concepción del progreso moderno. Los árboles seculares de nuestros vigentes bosques caen bajo el hacha del obrero de la civilización; y donde hasta hace pocos días reinaba sepulcral silencio, hoy ensordece los espacios el bullicio de los numerosos trabajadores empleados en abrir la vía que recorrerá el poderoso viajero que trae la vida y el mejoramiento a nuestras comarcas. Con tal motivo, la esperanza de un próximo bienestar se enseñoera de todos los corazones. Señal bonancible que permite augurar el comienzo de una nueva era de verdadero progreso. Regocijémonos por ello.²¹

Este ferrocarril, prefigurado por García Godoy, fue el primero que se construyó en la isla entre 1881-1887, bajo la inversión inicial del estadounidense Alexander Crosby y con el proyecto original de enlazar a la ciudad de Santiago de los Caballeros, capital del Cibao, con la bahía de Samaná. Aunque al final, como lo sintetizó el dicho popular, “nunca salió de Santiago y nunca llegó a Samaná”, estas líneas férreas lograron conectar a la ciudad de La Vega con un poblado que se transformó en el pujante puerto de Sánchez. Su continuación fue la construcción del llamado Ferrocarril Central, que esta vez con inversiones del Estado dominicano encabezado por Ulises Heureaux, permitió enlazar a Santiago con el puerto por donde entraban y salían las mercancías que nutrían a la región cibaëña, Puerto Plata. “Estos ferrocarriles —afirma el historiador Frank Moya Pons—, brindaron las vías sobre las que descansó el desarrollo de una nueva economía exportadora que dio inicio a las grandes transformaciones estructurales de la sociedad dominicana en el curso del siglo XX”.²² El corolario de este “progreso” fue la hegemonía política que detentó el Cibao a raíz del triunfo de la llamada Guerra de Restauración (1863-1865), contienda bélica que restableció la soberanía de la república después de su reanexión a España en 1861. Agrupados en el llamado Partido Azul, políticos e intelectuales ci-

²¹ “Carta de Federico García Godoy a Eugenio Deschamps, 31 de marzo de 1885”, en Federico García Godoy, *Obras casi completas. Tomo 2. Cartas*, Archivo General de la Nación, Santo Domingo, 2016, pp. 13-14.

²² Frank Moya Pons, “Transformaciones estructurales, 1900-2010”, en Consuelo Naranjo Orovio (dir.), *Historia de la República Dominicana*, CSIC/Academia Dominicana de la Historia/Ediciones Doce Calles, España, 2010, p. 311.

baños como Ulises Espaillat o Gregorio Luperón, encarnaron la versión liberal de la política dominicana del periodo.

Pero como ya lo decía Marshall Berman, toda modernización trae aparejada sus paradojas y contradicciones; grandes desarrollos terminan por exigir grandes costes humanos.²³ En el Cibao, la agroexportación del siglo XIX inició el ciclo de desaparición de los terrenos comuneros a favor de la propiedad privada, el crecimiento de los latifundios y la proletarización del campesinado, procesos que se exacerbaban con el despegue de la industria azucarera a inicios del siglo XX. En lo que se refiere a la política, la hegemonía liberal cibaëña se transmutó en lo que se considera la primera dictadura moderna del país, los 17 años de mandato de Ulises Heureaux (1882-1899), durante los cuales aumentó la dependencia de la república hacia el exterior, abriendo el camino, primero, hacia la pérdida del control sobre las aduanas en 1907 y, finalmente, a la ocupación militar estadounidense de 1916-1924.²⁴

Pese a esta modernización desigual y contradictoria, fue el Cibao el lugar que le brindó a García Godoy las “bases materiales” (correos, puertos, barcos, ferrocarriles) para, sin casi nunca tener que abandonar su isla, tejer esas redes intelectuales transnacionales que llevarían su obra allende las fronteras del Estado nación. Como afirma Susana Zanetti:

El proceso modernizador no determinó la constelación de artistas e intelectuales del periodo, pero fue condición imprescindible para que fuera posible un movimiento mancomunado en concepciones estéticas e ideológicas, para que surgieran el intercambio y la discusión entre pares, medianamente generalizada y con cierta simultaneidad. La religación, en sus numerosas variables, supone la quiebra del aislamiento, del compartimento estanco, y para ello hacían falta bases materiales para vehicularla y una mentalidad moderna.²⁵

En el Cibao, García Godoy recibió su primera instrucción formal por parte de su padre, Federico García Copley, miembro destacado de aquella comunidad de cubanos en Puerto Plata que acogieron a Eugenio María de

²³ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, México, 2011.

²⁴ Raymundo González *et. al.*, *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana (siglos XIX y XX)*, Doce Calles, Madrid, s/f, p. 18.

²⁵ Susana Zanetti, “Modernidad y religación”, *op. cit.*, p. 7.

Hostos y a José Martí. Fue al interior de la biblioteca paterna que García Godoy arribó, “desde muy temprano”, al mundo de las letras:

¿Cuándo, cómo y por qué empezó V. a escribir? Mi afición por las letras principió desde muy temprano. Mi padre fue escritor y poeta de verdadero mérito. Poseía una buena biblioteca y de ella me aproveché para mis estudios. La historia y la filosofía me atraían preferentemente. La prosa de la vida, la necesidad de ganarme el pan, me distrajeron, durante largos años, de mi inclinación a las cosas literarias. Ese desvío no fue nunca completo. Esa inclinación, de cuando en vez, se traducía en artículos de escaso valor y aún en no pocos versos. Cultivé el lenguaje rítmico, pero lo abandoné presto comprendiendo que Dios no me llamaba por ese camino (...) mi actividad literaria verdadera comenzó sólo hace diez años cuando las necesidades materiales de la vida fueron haciéndose menos apremiante (...).²⁶

Habría que retomar lo señalado por Sergio Ugalde sobre el cubano Lezama Lima, en el sentido de que ante los disturbios de los espacios públicos e institucionales de las naciones antillanas, fueron la librería y la biblioteca los espacios formativos de muchos intelectuales caribeños.²⁷ Sin duda, este fue el caso de Federico García Godoy; lo que trataremos de mostrar es que también sus redes intelectuales cumplieron ese papel formativo, ampliando sus lecturas pero, también, sus posibilidades de especialización literaria.

García Godoy sólo complementó su educación “autodidacta” con el ingreso, en 1870, al Colegio San Luis Gonzaga de Santo Domingo,²⁸ “el mejor colegio secundario con que contaría la ciudad a mediados del siglo XIX”.²⁹ Fundado en 1866 por el filántropo y sacerdote Francisco Xavier Billini, en este instituto privado se impartían las enseñanzas primaria y secundaria, un bachillerato en Filosofía y Letras, un bachillerato para la carrera eclesiástica, idiomas extranjeros, dibujo, pintura, música, y oficios como carpintería, ebanistería, zapatería, herrería y teneduría de libros.³⁰ Federico García Copley fue profesor de esta institución, lo que puede explicar el ingreso de su hijo para recibir clases de lenguas extranjeras.

²⁶ “Carta de Federico García Godoy a Horacio Blanco Fombona, La Vega, septiembre 1917”, en *Revista Dominicana de Cultura*, vol. 2, núm. 3, Ciudad Trujillo, 1956, p. 308.

²⁷ Sergio Ugalde Quintana, *La biblioteca en la isla: una lectura de “La expresión americana” de José Lezama Lima*, Madrid, Colibrí, 2011, p. 37.

²⁸ Manuel García Cartagena, *op. cit.*, p. 13.

²⁹ José Luis Sáez, *Autoridad para educar: la historia de la escuela católica dominicana*, AGN, Santo Domingo, 2008, p. 52.

³⁰ *Ibidem*.

De acuerdo con el estudioso García Cartagena, 1888 resultó emblemático en la vida de García Godoy. Ese año le fue concedida la nacionalidad dominicana y apareció publicado en Santiago de los Caballeros su primer libro, *Recuerdos y opiniones* –defectuoso opúsculo, a decir de su propio autor, dedicado a la “benemérita sociedad *La Progresista* de La Vega”. A partir de ese momento y pese a tener que trabajar de profesor y diputado de provincia, García Godoy se dedicó al quehacer literario. La novela de corte histórico y el ensayo de crítica literaria fueron los principales géneros que cultivó. El resultado fue un obra bastante prolífica y diversa, entre cuyos títulos destacan *Impresiones* (1899), *Perfiles y relieves* (1907), *Rufinito* (1907), *La hora que pasa* (1910), *Alma dominicana* (1911), *Páginas efímeras* (1912), *Guanuma* (1914), *De aquí y de allá* (1916), *La literatura dominicana* (1916), *El derrumbe* (1916), *Americanismo literario* (1918), *Al margen del Plan Peynado* (1922).

El investigador alemán Ottmar Ette ha destacado la errancia, el desplazamiento y el desarraigo como rasgos de una tradición intelectual caribeña que ha dado paso a una “literatura sin residencia fija”.³¹ En García Godoy tenemos un autor que no participó de esta tradición: escribió desde la fijeza a una provincia en República Dominicana, La Vega, y fue desde ahí que se encaminó hacia la profesionalización de una función de crítico literario que, paradójicamente, nunca concibió en términos nacionales sino *hispanoamericanos*. Y aquí el nombre de Hispanoamérica no resulta casual: Hispanoamérica fue el espacio al que apuntaron las prácticas y las redes intelectuales de García Godoy, constituyéndose en una fuente de la que abrevó lecturas, reflexiones, debates y propuestas del momento, tales como el modernismo, el arielismo, el hispanoamericanismo y el antiimperialismo.

Cartografías de una correspondencia literaria

En efecto, frente a su relativa inmovilidad geográfica, fue la activa movilidad de la carta la que permitió a García Godoy traspasar virtualmente los límites de su isla para entrar en contacto con los escritores latinoamericanos más importantes del primer cuarto del siglo XX. La carta para García Godoy fue, ante todo, una posibilidad de encuentros, diálogos, intercambios y sociabilidades intelectuales más allá de los bordes de su arraigo. Siguiendo a

³¹ Ottmar Ette, Werner Mackenbach, Gesine Müller, Alexandra Ortiz Wallner (eds.), *Trans(it)Areas Convivencias en Centroamérica y el Caribe. Un simposio transareal*, Edition Tranvía, Berlín, 2011.

Mariana Ozuna y Claudio Maíz, podemos decir que ese “género discursivo del yo”,³² ese texto autobiográfico en constante movimiento que, a diferencia de los diarios o las memorias, se lanza siempre al mundo en busca de interlocución,³³ fue lo que permitió a García Godoy “des-alejarse”³⁴ de sus pares latinoamericanos.

Hasta ahora no se conoce con detalle las dimensiones que tuvo el epistolario hispanoamericano de García Godoy. Las cartas que se conocen son las que en 1956 publicó Emilio Rodríguez Demorizi en la *Revista Dominicana de Cultura*, bajo el título “Archivo Literario de Hispanoamérica”; las que en 1971 recopiló Julio Jaime Julia en el libro *Rodó y Santo Domingo*, y las que, recientemente, Andrés Blanco ha dado a conocer en las *Obras casi completas de García Godoy*. Estas tres compilaciones nos acercan a unas 50 misivas aproximadamente de y para nuestro autor. Sin embargo, existen dos fuentes más que nos permiten conocer otros fragmentos de su correspondencia literaria. La primera son las revistas y los periódicos en los que García Godoy hizo públicas algunas de las misivas que escribía o le escribían otros escritores. Como veremos más adelante, ésta fue una práctica muy recurrente de García Godoy, gracias a la cual se puede constatar esa función que le supo dar a la carta como “espaldarazo intelectual”, es decir, como medio para autoprestigiarse y dotarse, con base en la relación efectiva con sus pares, de legitimidad al interior de su campo cultural. La otra fuente son los ensayos de crítica literaria en los que García Godoy dejó constancia explícita del intercambio epistolar que, precisamente, al funcionar como una especie de circuito de distribución editorial, le permitió acceder a la obra objeto de su reflexión crítica. Gracias a todas estas fuentes es que nos resulta posible identificar tres circuitos intelectuales con los que García Godoy sostuvo una intensa relación epistolar.

Primer circuito: el arielista

El primero fue el circuito que tuvo en el uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917) a una figura central. Aunque nunca se conocieron personalmente, Rodó y García Godoy mantuvieron una cordial amistad a través de un intercambio epistolar que iniciaron, aproximadamente, desde 1901 y

³² Claudio Maíz, *op. cit.*, p. 26.

³³ Mariana Ozuna Castañeda, “Epistolaridad del ensayo, ensayismo de la epístola”, en *prensa*, p. 19.

³⁴ *Idem*.

prolongaron hasta 1915.³⁵ Se trató de un ir y venir de cartas entre Montevideo, La Vega y Santo Domingo que, por cerca de quince años, permitieron a García Godoy formar parte del llamado “circuito arielista”³⁶ que Rodó supo construir alrededor de sus obras e ideas y, el cual, precisamente, tuvo en la carta no sólo un medio privilegiado de comunicación, enlace y amistades intelectuales, sino, también de distribución y difusión de sus libros entre un incipiente mercado de lectores latinoamericanos y una comunidad de críticos literarios en vías de profesionalización.

Como muestra Carlos Real de Azúa, Rodó llevó a cabo, a través de su copiosa correspondencia, “una actividad de difusión literalmente apostólica (‘milicia literaria concurrente’ la llamó con razón Roberto Ibáñez)”.³⁷ El ejemplo más claro de esto estuvo en la difusión que hizo de su libro *Ariel* (1900), “uno de los primeros, auténticos éxitos de una literatura latinoamericana que comenzaba a cobrar conciencia de su unidad”.³⁸ Con un “expansivo fervor”, explica Real de Azúa, Rodó difundió la primera edición uruguaya del libro por todas partes, echando mano de las más diversas estrategias. Por ejemplo, distribuyó el opúsculo sirviéndose del cuaderno de corresponsales y lectores de la fenecida *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* que Rodó codirigió en Montevideo entre 1895-1897. Envío ejemplares, con dedicatorias de “acento modesto y cordial”, a escritores, universitarios y políticos de España y América Latina, pero también a “cuanta persona, a menudo insignificante, le solicitara la obra”. Y, finalmente, remitió “paquetes bastante nutridos a algunos amigos o, incluso, oficiosos distribuidores”, que los repartían en sus lugares de residencia.³⁹

Fue al calor de esta distribución trasnacional de *Ariel* que García Godoy y Rodó entraron en contacto. La primera misiva de la que se tiene registro es la que Rodó redactó en 1901 para agradecerle a García Godoy el envío de su “interesante obra *Impresiones*” y remitirle “un ejemplar de la obra que

³⁵ Julio Jaime Julia, *Rodó y Santo Domingo (recopilación)*, Amigos del Hogar, Santo Domingo, 1971, pp. 21-32; *Revista Dominicana de Cultura*, vol. 1, núm. 2, diciembre, 1955, Ciudad Trujillo, pp. 260-314.

³⁶ Eduardo Devés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX, Tomo I. Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Biblios/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Buenos Aires/Santiago de Chile, 2000, pp. 34-39.

³⁷ Carlos Real de Azúa, “Prólogo a Ariel”, en José Enrique Rodó, *Ariel. Motivos de Proteo*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1993, p. XX.

³⁸ *Idem*.

³⁹ *Ibid.*, pp. XX-XXI.

últimamente he publicado”. En esta carta Rodó realizó uno de los primeros reconocimientos de García Godoy como crítico literario:

Me felicito de veras de haber conocido, mediante la lectura de su libro, un espíritu tan felizmente dotado como el suyo. Veo en sus excelentes críticas, verdaderas condiciones de criterio, de cultura y buen gusto, de todo punto digno de estimación y de aplauso.

La circunstancia de ser tan pocos los que en América consagran su actividad intelectual al ejercicio de la crítica, hace que el conocimiento de una nueva obra americana pertinente a esa manifestación literaria me impresione siempre gratamente. En este caso, tal impresión está realizada por el mérito intrínseco del libro.⁴⁰

A partir de ese momento, las correspondencias entre ambos no cesaron: García Godoy recibió de Rodó cartas acompañadas de libros como *Motivos de Proteo* y *El mirador de Próspero*, y a cambio envió hasta Uruguay sus *Impresiones*, *Perfiles y relieves*, *Rufinito*, *La hora que pasa*, *La patria y el héroe*, *Alma dominicana* y algunos textos sueltos en los que se dedicó al análisis del pensamiento y la literatura de su “afectísimo amigo y colega” uruguayo.

Un hecho que merece la pena destacarse es que García Godoy, junto con los hermanos Henríquez Ureña, Pedro y Max, fueron de los más activos difusores del arielismo en América Latina, y lo fueron en un doble sentido: como críticos literarios y como editores. El ejemplo nuevamente está en el libro *Ariel*. Hacia 1911 esta obra contaba con nueve ediciones: cuatro publicadas en Montevideo —que, como vimos, tuvieron en el propio Rodó a una pieza clave de su difusión—, dos en México y tres más en Santo Domingo, La Habana y Valencia, respectivamente.⁴¹ La primera edición fuera del Uruguay apareció en 1901 en la *Revista Literaria* de Santo Domingo, dirigida por el escritor Enrique Deschamps.⁴² En 1904, al trasladarse a Cuba, Max y Pedro Henríquez Ureña fundaron en Santiago la revista *Cuba Literaria*. *Ariel* salió como suplemento de la revista entre enero y abril de 1905,

⁴⁰ “Carta de José Enrique Rodó a Federico García Godoy, Montevideo, abril 15 de 1901”, en Julio Jaime Julia, *op. cit.*, p. 23.

⁴¹ Susana Zanetti, *op. cit.*, p. 19.

⁴² Diógenes Céspedes, “El efecto Rodó. Nacionalismo idealista vs. Nacionalismo práctico. Los intelectuales antes de y bajo Trujillo”, en Diógenes Céspedes (ed.), *Los orígenes de la ideología trujillista*, Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 2002, p. 149.

alcanzando así su cuarta edición.⁴³ En su primera estada en México, Pedro Henríquez Ureña consiguió que el general porfirista Bernardo Reyes, padre de Alfonso Reyes, publicara una edición de lujo de *Ariel*, la cual apareció en mayo de 1908. De acuerdo con el propio Henríquez Ureña, esta edición inició el culto del *Ariel* en México, lo que se confirmó cuando Porfirio Parra, en su calidad de director de la Escuela Nacional Preparatoria de México, costeó otra edición del libro para distribuirla entre profesores y alumnos.⁴⁴ A esta segunda edición mexicana le siguió, finalmente, la española realizada por la editorial Sempser.

Si Max y Pedro Henríquez Ureña promovieron las ediciones cubana y mexicanas del *Ariel*, junto con García Godoy cultivaron la crítica literaria en torno a las obras principales de Rodó. Así lo llegó a expresar éste último:

Acaso sea yo el intelectual dominicano que más y con mayor elogio haya hablado del insigne autor de *Ariel*. Desde mi particular punto de vista crítico he juzgado o comentado con merecida alabanza todas sus obras. En la actualidad circulan o deben circular por el mundo de las letras hispanoamericanas dos estudios míos de bastante extensión referentes a él: uno que figura en mi libro *Americanismo literario*, que acaba de editar en Madrid la Biblioteca Andrés Bello, y otro que debe haberse ya publicado en Montevideo, escrito por especial encargo de la Asociación de estudiantes de Santo Domingo.⁴⁵

García Godoy redactó reseñas críticas sobre *Ariel*, *Motivos de Proteo*, *Liberalismo y jacobinismo* y *El mirador de Próspero*; y en su libro *Americanismo literario* le dedicó un esbozo bibliográfico a Rodó, junto a las figu-

⁴³ Esta cuarta edición fue autorizada por Rodó en una carta a Max Henríquez Ureña en la que decía:

(...) En cuanto a *Ariel*, a quien se propone Ud. dar carta de naturaleza en Cuba, ¿qué he de decirle sino que tiene para ello mi beneplácito? Sólo me toca en esto hacer votos porque la buena fortuna, superior sin duda a los méritos del libro, que ha acompañado a éste hasta ahora, no le abandone en su nuevo avatar. Y si él no llevase ya su dedicatoria — nacida, por decirlo así, de sus mismas entrañas — propondría a Ud. que a la memoria de Martí dedicáramos la edición cubana de *Ariel*.

Dejó así contestada su carta. Trabaje Ud., persevere, piense en el porvenir; quiera mucho a su América, a nuestra América, que es nuestra grande y única patria (...).

“Carta de José Enrique Rodó a Max Henríquez Ureña, Montevideo, 20 de noviembre de 1904”, en Julio Jaime Julia, *op. cit.*, p. 19.

⁴⁴ Alfonso García Morales, “Un capítulo del ‘Arielismo’: Rodó en México”, en *La crítica literaria española frente a la literatura latinoamericana*, UNAM, México, 1993, p. 97.

⁴⁵ Federico García Godoy, “El renacimiento de Rodó”, en *Cuba Contemporánea*, tomo XIX, año VII, núm. 74, febrero, La Habana, 1919, pp. 108-109.

ras de José Martí, Rufino Blanco Fombona y Francisco García Calderón. No resulta extraño que Carlos Real de Azúa, en una breve tipología que propone sobre los “arielistas”, ubique a García Godoy dentro del grupo de los “innegables”, es decir, entre aquellos que en todo momento siguieron los preceptos del “Maestro”, como ocurrió también con el cubano Jesús Castellanos, el colombiano Carlos Arturo Torres, el peruano Francisco García Calderón y los venezolanos César Zumeta, Pedro Emilio Coll y Pedro César Dominici.⁴⁶

De hecho, podríamos agregar que García Godoy fue uno de los autores que con sus cartas y ensayos, contribuyó a crear y difundir la imagen de Rodó como “Maestro de la juventud latinoamericana”.⁴⁷ En el uso público que hizo de algunas de sus misivas se revela esa intención de presentar a Rodó como una especie de mentor, cuya amistad epistolar daba prestigio al “discípulo”, confirmaba una “fraternidad literaria” entre ambos o, al menos, atestiguaba un “padrinazgo intelectual”. Así ocurrió con la ya citada carta del 15 de abril de 1901; o con una carta del 20 de octubre de 1907 en la que Rodó agradecía “el hermoso artículo que ha consagrado Ud. a mi *Liberalismo y Jacobinismo*”, y reconocía en García Godoy “las bellas dotes de escritor que a Ud. distinguen y que hacen objeto de verdadero interés para mi conocimiento de lo que sale de su pluma”.⁴⁸ Ambas misivas circularon gracias a publicaciones dominicanas como *Listín Diario* y *Cuna de América*, respectivamente. El carácter tutorial que Rodó imprimió a algunas de las cartas enviadas a García Godoy se puso de manifiesto, incluso, cuando en 1913, como parte de la colección de artículos que integraron el libro misceláneo *Mirador de Próspero* —nuevamente, la figura del Maestro de *Ariel* hablándole a las muchedumbres— publicó la carta más extensa redactada a “su amigo” dominicano, en la que problematizaba en torno a la función social de la obra artística:

(...) Despliega Ud. a los cuatro vientos todo un programa literario, en el que, como idea fundamental, aparece la idea de nacionalidad, entendida de alta manera, y en el que se difunde su convicción de la necesidad de orientar el movimiento intelectual hispanoamericano en un sentido concordante con los caracteres y oportunidades del desenvolvimiento social y político de estos

⁴⁶ Carlos Real de Azúa, *op. cit.*, p. XXIV.

⁴⁷ *Ibid.*, p. XXV.

⁴⁸ “Carta de José Enrique Rodó a Federico García Godoy, Montevideo, 20 de octubre de 1907”, en Julio Jaime Julia, *op. cit.*, p. 24.

pueblos, de modo que la obra del escritor concorra, como una fuerza positiva, al gobierno de las ideas y las pasiones. Ninguna aspiración más generosa ni más justa. Yo he participado siempre de ella; yo he pensado siempre que, aunque la soberana independencia del arte y el valor sustancial de la creación de belleza son dogmas inmutables de la religión artística, nada se opone a que el artista que, además, es ciudadano, es pensador, es hombre, infunda en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento y de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, ni obre como instrumento de ellos, sino para que viva en ellos en autonómica hermandad, y con voluntaria y señorial contribución se asocie a la obra humana de la verdad y del bien (...).

(...) Épocas y pueblos hay en que la función social de la obra artística se impone con mayor imperio y encuentra más adecuado campo en las condiciones de la realidad. Entre esos pueblos y esas épocas incluyo yo a las naciones hispanoamericanas del presente tiempo. Su gran tarea es la de formar y desenvolver su personalidad colectiva, el alma hispanoamericana el genio propio que imprima sello enérgico y distinto a su sociabilidad y a su cultura. Para esta obra, un arte hondamente interesado en la realidad social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera, el movimiento de la vida y de la acción, pueden ser las más eficaces energías (...).⁴⁹

Cuando en 1918 García Godoy tuvo que defender públicamente el valor de sus novelas *Rufinito*, *Alma dominicana* y *Guanuma* de “algunas apreciaciones... que juzgo erróneas”, no le quedó otro recurso que apelar a lo dicho por “Rodó, Ugarte”, “los hermanos García Calderón”, y “el notable crítico español Andrés González Blanco”, interlocutores epistolares que, dado el prestigio transnacional de sus trayectorias, bien podían servir de fiadores intelectuales.⁵⁰

Segundo circuito: los ateneístas mexicanos

Un segundo circuito intelectual con el que García Godoy estableció redes duraderas fue con los ateneístas mexicanos de los tiempos porfiristas y re-

⁴⁹ “Carta al Señor Don Federico García Godoy, Montevideo, enero de 1912”, en José Enrique Rodó, *Epistolario*, pp. 65-67. Esta carta la publicó Rodó en su libro *El Mirador de Próspero* (1913), bajo el título “Una bandera literaria”. Véase, José Enrique Rodó, *Obras completas*, Madrid, Aguilar Ediciones, 1967, pp. 642-644.

⁵⁰ “Carta de Federico García Godoy a Horacio Blanco Fombona, La Vega, 21 de agosto de 1918”, en *Revista Dominicana de Cultura*, pp. 310-311.

volucionarios. La clave de posibilidad de esta red epistolar estuvo en la figura de Pedro Henríquez Ureña que, como se sabe, llegó a México en 1906 y jugó un papel protagónico en la fundación del llamado Ateneo de la Juventud. García Godoy tuvo en su compatriota al interlocutor ideal: se trató de un corresponsal con el que pudo dialogar ampliamente sobre el tema de la literatura hispanoamericana de su tiempo, los problemas de la nación dominicana, las impresiones de sus lecturas mutuas, el tema del positivismo, las virtudes y los yerros de los escritores del momento, entre otros asuntos, y, además, tuvo en él a un activo intermediario que le facilitó el contacto con figuras destacadas del escenario cultural mexicano de principios del XX, tales como Antonio Caso, Justo Sierra, Luis G. Urbina, Carlos Pereyra, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos.

Gracias a los intercambios epistolares que sostuvo con estos autores, García Godoy pudo *importar* hacia República Dominicana libros como *Puestas de sol* de Luis G. Urbina, *Horas de estudio* y *La enseñanza de la literatura* de Pedro Henríquez Ureña, *Cuestiones estéticas* de Alfonso Reyes, las *Conferencias del Ateneo de la Juventud* de 1910, entre otros. Una carta de García Godoy a Henríquez Ureña, fechada el 10 de diciembre de 1909, sirve para mirar el adentro de estas relaciones intelectuales que funcionaron como verdaderos circuitos de intercambio y distribución editoriales:

Mi muy distinguido compatriota:

Recibí oportunamente su carta del 5 de octubre, y con algún retardo los cuatro números de la *Revista Moderna* en que hay dos trabajos de (Antonio) Caso y dos de Ud.

Excelente me parecen las apreciaciones de Caso sobre Nietzsche y Max Stirner. Se ve que conoce con bastante profundidad la obra de esos dos extraños y geniales pensadores. Creía a Caso mucho más viejo. Es un expositor fácil y agradable, a quien, con bastante frecuencia, a manera de proyecciones luminosas, se escapan conceptos de alto sentido crítico. Lamento que no me enviase las tres conferencias sobre el positivismo a que Ud. se refiere en su oportuna y vigorosa impugnación (...) ¿Por qué Caso no publica en un volumen todas sus hermosas conferencias filosóficas? Salúdelo de mi parte y dígame su dirección. Quiero enviarle *La Hora que pasa* cuya impresión terminará a fines de Enero próximo. En ese libro hay un estudio filosófico que dedico a Ud. Mi juicio sobre *Motivos de Proteo* (de Rodó) debe haber salido ya en *El Cojo Ilustrado* (...).⁵¹

⁵¹ “Carta de Federico García Godoy a Pedro Henríquez Ureña. La Vega, diciembre 10 de 1909”, en *Revista Dominicana de Cultura*, pp. 286-287.

Aprovechamos esta carta para señalar un proceso que se fue definiendo en la figura de García Godoy a partir de su actividad religadora con los ateneístas mexicanos. Aludimos a la función que asumió al interior de sus redes como “propagandista” —le llamó Rodó— o “publicista” de literatura latinoamericana. En efecto, gracias al intercambio epistolar que le permitía acceder a las novedades editoriales de la región, García Godoy logró escribir numerosas reseñas críticas que, como le informaba a Pedro Henríquez Ureña, pudo *public(it)ar* en algunas revistas culturales del periodo, tales como la *Revista Moderna de México* o *El Cojo Ilustrado* de Venezuela, que funcionaron como espacios “virtuales” de sociabilidad intelectual. Nótese, sin embargo, con la carta anterior, la dimensión transnacional que logró darle García Godoy a esta práctica “publicitaria”: un escritor dominico-cubano (García Godoy) instalado en República Dominicana le informa a otro dominicano (Pedro Henríquez Ureña) radicado en México que su reseña crítica sobre la obra (*Motivos de Proteo*) de un escritor uruguayo (Rodó) debió ser publicada ya en una revista venezolana (*El Cojo Ilustrado*). Estamos hablando de una práctica intelectual que, al hacerse transnacional, aumentaba el capital simbólico de todos los involucrados en la red: del reseñista, del reseñado, del libro y de la revista en donde se publicaba la reseña.

La mención que hace García Godoy de *El Cojo Ilustrado* es significativa en ese sentido. Este fue un magazine de aparición quincenal, “con formato tabloide y con una tirada de 4000 ejemplares”,⁵² que se publicó en Caracas entre 1892 y 1915 —la imposibilidad de importar papel, debido a la Primera Guerra Mundial, marcó el fin de la publicación—. Como su nombre lo indica, una de las novedades de esta revista fue que, aprovechado los avances tecnológicos de la época en materia de fotografía y fotograbado, hizo de las imágenes su sello distintivo. De acuerdo con Susana Zanetti, “*El Cojo Ilustrado* muestra a las claras el momento en que la cultura visual cambia los modos de leer y las prácticas de lectura, y más allá, pues podríamos afirmar que la imagen entra de lleno en la vida privada y pública, definiéndola y en cierto modo invadiéndola”.⁵³

Tanto por la calidad de sus imágenes como por la de sus contenidos textuales, la publicación pronto ganó renombre y prestigio a nivel interna-

⁵² Susana Zanetti, “Redes múltiples en *El Cojo Ilustrado*”, en Claudio Maíz y Álvaro Fernández Bravo (eds.), *Episodios en la formación de redes culturales en América Latina*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, p. 49.

⁵³ *Ibid.*, p. 54.

cional, convirtiéndose, como lo muestra Zanetti, en un nodo de religación continental. Por un lado, *El Cojo Ilustrado* promovía y mantenía conexiones con publicaciones semejantes dirigidas por hispanoamericanos tanto en América como en Europa, con las que intercambiaba imágenes, noticias, colaboraciones y comentarios.⁵⁴ Por otro lado, las páginas de la revista funcionaron como salones virtuales donde podían encontrarse, dialogar y debatir aquellos intelectuales que desde Venezuela, América Latina y España asumieron la tarea de “afianzar el conocimiento mutuo” y consolidar la unidad cultural entre las naciones latinoamericanas a partir de propuestas estéticas e ideológicas como el modernismo, el arielismo o el americanismo —Rubén Darío, José Enrique Rodó, Enrique Gómez Carrillo, Miguel de Unamuno, Manuel Ugarte, Pedro Coll, Rufino Blanco Fombona, entre otros—. Algunos de estos escritores, incluso, gracias al desplazamiento que les posibilitaba el exilio o la diplomacia, fungieron como corresponsales instalados en centros metropolitanos como París y Madrid, con cuyas crónicas era posible “acercan la experiencia inmediata, cotidiana, de esos centros lejanos, colaborando en la constitución de un imaginario de lo ‘cosmopolita’”.⁵⁵

Fue en estos espacios textuales-virtuales de sociabilidad intelectual donde numerosos escritores asumieron la tarea de publicitarse a sí mismos. Esto es lo que argumenta Hanno Ehrlicher en torno al caso de Rubén Darío y sus estrategias “publicitarias” en la *Revista Moderna de México*.⁵⁶ El planteamiento central de Ehrlicher al respecto es que Darío se convirtió en símbolo del renacimiento hispano-latino-americano a comienzos del siglo XX no sólo porque sabía escribir, “sino sobre todo porque había entendido cómo se debe publicar en los tiempos de la prensa moderna”,⁵⁷ marcada por el dinamismo y la expansión del teléfono, el telégrafo, el barco, el ferrocarril, el fotograbado y la fotografía. Lo que hizo Darío, de acuerdo con Ehrlicher, fue que, aprovechando los avances tecnológicos del momento, supo darle una “extrema movilidad” a sus escritos, bajo una clara estrategia de mundialización, que dio visibilidad y legibilidad a sus ideas en muchas

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 58-59.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 67-68.

⁵⁶ Hanno Ehrlicher, “Publicarse como intelectual ‘latino’: Rubén Darío en la *Revista Moderna de México*”, en Friedhelm Schmidt-Welle (coord.), *La historia intelectual como historia literaria*, El Colegio de México, México, 2014, pp. 35-66.

⁵⁷ *Ibid.*, 60.

partes del orbe. Al mismo tiempo, supo encontrarse con sus “distantes semejantes”, con quienes supo construir una red al interior de la cual Darío se public(it)ó y destacó como máxima figura del “intelectual latino”. La importancia dada a esta publicidad se inscribió en un momento en el que la modernización de las sociedades arrebató el “aura” a los escritores, lanzándolos hacia la búsqueda de su profesionalización y consagración en función del mercado. Estamos aquí en los inicios de un proceso de “asalarización” del escritor que, como lo advirtió Manuel Gutiérrez Nájera, transformó tanto su trabajo como sus escritos en mercancías sujetas a la ley de la oferta y la demanda.

Es, pues, en este contexto de entrecruzamientos entre literatura y mercado que pensamos a Federico García Godoy como publicista de literatura latinoamericana, cuyo papel no resultaba baladí en un momento en que publicar y publicitarse se volvió una cuestión apremiante para numerosos escritores en la región, tal como se revela en estos comentarios de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes en torno a las conferencias del Ateneo de 1913:

Anoche fue mi conferencia. Estuvo muy anunciada. *El Imparcial* (creo que lo recibes) publicó una excelente información previa, obra de ese excelente escritor que se llama Antonio Castro Leal, y una serie de notas sobre el éxito de las conferencias del Ateneo en 1910 (cartas de Boutroux, artículos de la *Revue de Metaphysique*, García Godoy, Ugarte). *El Independiente* anunció algo también. Hoy, sin embargo, sólo *El Diario* (...) y *El País*, dan reseña. No me explico bien la omisión de *El Imparcial*, después de las publicaciones anteriores: tengo allí un buen amigo, el amable gachupín Wenceslao Rico, por seudónimo Ricardo de Alcázar (...) La crónica de *El País* es muy larga y entusiasta; es de Samuel Ruiz Cabañas, aspirante a literato. *El País* circula más que los demás (...).⁵⁸

Tercer circuito: los hispanoamericanos de la otra orilla

Finalmente, un tercer circuito intelectual con el que se religó García Godoy a través de la carta, fue ese heterogéneo contingente de escritores latinoamericanos que convergió en Francia y España hacia 1900, confor-

⁵⁸ “Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, México, 7 de diciembre de 1913”, en Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 259-260.

mando lo que Manuel Ugarte denominó “la generación viajera”. De acuerdo con Beatriz Colombi, los rasgos de esta “generación” fueron la expatriación voluntaria por razones políticas o por incompatibilidad de distinto orden con el medio de origen, la fidelidad hacia los precursores americanistas, la búsqueda de una literatura nueva y propia, la necesidad de profesionalización, la defensa de un programa continental, la conciencia antiimperialista y la intervención pública en los sucesos de la época.⁵⁹ El núcleo de este grupo estuvo integrado por Rubén Darío, Amado Nervo, Enrique Gómez Carrillo, José Santos Chocano, José María Vargas Vila, Francisco Contreras, Alcides Arguedas, Alejandro Sux, Rufino Blanco Fombona, Francisco y Ventura García Calderón, Joaquín Edwards Bello y Manuel Ugarte. Se les sumaron migrantes temporarios o visitantes ocasionales como los argentinos Ángel de Estrada, Ricardo Güiraldes, Enrique Larreta y Leopoldo Lugones, los venezolanos Manuel Díaz Rodríguez, Pedro César Dominici y César Zumeta, el boliviano Franz Tamayo, la chilena Gabriela Mistral, los colombianos Guillermo Valencia y Pedro Emilio Coll, el ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide, los mexicanos Luis G. Urbina, Alfonso Reyes y José Juan Tablada.⁶⁰

Para Beatriz Colombi, se trató del “primer ingreso masivo de la inteligencia hispanoamericana en un concierto internacional”,⁶¹ cuyas actividades y proyectos se desplegaron entre Madrid y París, siendo considerada la primera como “la puerta de ingreso a Europa” y la segunda como la “Meca del peregrinaje artístico”. Colombi plantea que, si bien no fue una comunidad del todo homogénea, constituyó una “colonia estable” marcada por el ritmo de experiencias compartidas: la búsqueda de reconocimiento y prestigio en las metrópolis europeas; la adquisición de nuevos lenguajes y competencias; la definición de nuevos roles del escritor; la proyección de relatos supranacionales; la inestabilidad y la transitoriedad de la experiencia migrante; los encuentros en los viejos espacios de la bohemia y en los nuevos rituales de la sociabilidad moderna; las contrariedades de sus trabajos como traductores, diplomáticos pero, sobre todo, como periodistas.⁶²

⁵⁹ Beatriz Colombi, “Camino a la Meca: escritores hispanoamericanos en París (1900-1920)”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina I*, p. 547.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 547-548.

⁶¹ *Ibid.*, p. 544.

⁶² *Idem.*

Para Margarita Merbilhaá resulta más conveniente hablar de una red de escritores, en la medida en que más que un grupo organizado bajo un mismo emprendimiento cultural, se trató de un circuito de contactos e intercambios no del todo codificados pero sí caracterizados por la complementariedad de las relaciones interpersonales. “En este caso, afirma Merbilhaá, los escritores instalados en París no siempre compartieron proyectos sistemáticos tales como revistas, ni todos construyeron un discurso grupal, se refirieron sin embargo a sí mismos como implicados en una sensibilidad de la época, que asociaban a la juventud y que anclaban claramente en un subcontinente representado como área culturalmente común que debía adquirir visibilidad”.⁶³

Ambas investigadoras, empero, coinciden en afirmar que estos escritores instalados en el continente europeo jugaron un papel fundamental en la definición y difusión de “un objeto que sólo se reconocería como disciplina universitaria, campo de investigación y mercado de circulación de obras en el siglo que se iniciaba: la literatura hispanoamericana”.⁶⁴ Diversas iniciativas les sirvieron para alcanzar tal fin: desde escribir libros generales sobre escritores latinoamericanos, comentar sus obras en las columnas de reconocidas publicaciones europeas, hasta fundar editoriales o revistas literarias que visibilizaran en el viejo continente las producciones literarias de América Latina. Fue en el marco de estos esfuerzos que García Godoy se insertó en las redes intelectuales creadas por estos hispanoamericanos de la otra orilla. Una cadena de recomendaciones epistolares, en la que nuevamente Pedro Henríquez Ureña fungió como nodo de mediación, posibilitó su acercamiento a Francisco García Calderón, Rufino Blanco Fombona y Manuel Ugarte, escritores gracias a los cuales publicó algunos de sus escritos en Francia, España y Estados Unidos.

En efecto, nuevamente gracias a Pedro Henríquez Ureña, García Godoy pudo conocer la dirección de García Calderón, enviarle un ejemplar de su libro *Rufinito* e iniciar con ello una correspondencia que le permitió publicar dos textos en París.⁶⁵ El primero fue un artículo sobre la “Actualidad

⁶³ Margarita Merbilhaá, “El estudio de las formas materiales de la sociabilidad intelectual. Algunas cuestiones metodológicas en torno a las redes entre escritores latinoamericanos”, VIII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria, <<http://citclot.fahce.unlp.edu.ar/viii-congreso/actas-2012/Merbilhaa-%20Margarita.pdf>>, consultado el 28 de enero de 2014.

⁶⁴ Beatriz Colombi, *op. cit.*, p. 554.

⁶⁵ “Carta de Federico García Godoy a Pedro Henríquez Ureña, La Vega, 6 de junio de 1909”, en *Revista Dominicana de Cultura*, pp. 277-278.

política” de República Dominicana que apareció en *La Revista de América*, fundada en 1912 por García Calderón con la aspiración de “reunir, en una publicación libre, abierta a todas las direcciones del espíritu moderno, curiosa, flexible, de rica información, a los mejores escritores del Nuevo Mundo latino”.⁶⁶ El atractivo de esta revista, considera Colombi, descansó, precisamente, en esa capacidad que tuvo para dar cabida en sus columnas a escritores latinoamericanos de los más diversos países, desde México hasta Argentina, pasando por el Caribe.

En efecto, estableció un corte y un cuadro del pensamiento latinoamericano, con más de ochenta escritores reconocidos o emergentes, en lo que configura una red excepcional en comparación con las otras publicaciones. El sistema incluye una articulación continental, con corresponsales a distancia, y otra parisina-americana. Acoge así a la vanguardia de los ateneístas mexicanos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Antonio Caso; a la generación de críticos literarios y ensayistas finiseculares, José Enrique Rodó, Baldomero Sanín Canon, Víctor Pérez Petit, (Federico) García Godoy y José Veríssimo, y entre los nuevos escritores profesionalizados y ligados estrechamente al nacionalismo, a Manuel Galvéz y a José de la Riva Agüero. Una característica remarcable, si se compara con las otras revistas publicadas en París, es la presencia de colaboradores del Brasil (...) en especial, Manuel Oliveira Lima (...) autor de *Panamericanismo*, texto crítico de la hegemonía norteamericana cuya tesis era compartida por la redacción. La revista da particular importancia a la nueva sociología e incorpora contribuciones de los argentinos José Ingenieros y Raúl Orgaz, de los venezolanos Julio Cesar Salas y Laureano Vallenilla Lanz, del boliviano Alcides Arguedas.⁶⁷

El segundo texto que García Godoy publicó en París fue “un estudio sintético sobre la literatura dominicana”, el cual, a petición de Pedro Henríquez Ureña, comenzó a concebir desde 1909 y, gracias a García Calderón, salió a luz pública en 1916 en el número 91 de la prestigiada *Revue Hispanique*, dirigida por el francés Foulche Delbosc.⁶⁸

⁶⁶ Francisco García Calderón, *América Latina y el Perú del novecientos: antología de textos*, Lima, UNMSM, 2003, p. 94.

⁶⁷ Beatriz Colombi, *op. cit.*, pp. 560-561.

⁶⁸ Una descripción de este personaje es la que ofrece Alfonso Reyes en la “Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, París, 26 de octubre de 1913”, en Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 212-213.

Está ya en prensa en París mi estudio sintético de la literatura dominicana. Me ofrecen enviarme 50 ejemplares. Uno de los primeros será para Ud. (se refiere a Pedro Henríquez Ureña). Aunque García Calderón y Foulche Delbosc elogian el trabajo, yo sigo creyéndolo muy deficiente por las causas que creo le expuse en carta anterior.⁶⁹

Las causas no habían sido otras, según García Godoy, que “la prisa con la que fue escrito” y “la falta de completa documentación”. Al final, el texto salió publicado en la revista bajo el título “La literatura dominicana”, junto a un estudio de Francisco García Calderón sobre “El panamericanismo: su pasado y su porvenir” y los “Documentos diplomáticos aragoneses (1259-1284)” reunidos por Manuel Cubells.⁷⁰ Una reimpresión del texto, a manera de opúsculo, apareció el mismo año en Nueva York.

Pero las posibilidades de publicar en Europa no se agotaron en la relación epistolar con Francisco García Calderón. García Godoy consiguió que fueran reeditados en España dos de sus libros de crítica literaria bajo los siguientes títulos: *La literatura americana de nuestros días (Páginas efímeras)* y *Americanismo literario (Estudios críticos de José Martí, José Enrique Rodó, F. García Calderón, R. Blanco Fombona)*. La Editorial América de Rufino Blanco Fombona fue la encargada de editar ambas obras entre 1915 y 1917, las cuales pasaron a formar parte de la colección “Biblioteca Andrés Bello”, una de las primeras colecciones editoriales fundadas en España para la publicación de autores hispanoamericanos.⁷¹

La prolongación del encuentro epistolar: el ensayo

Como vemos, la carta en García Godoy funcionó como un espacio de encuentro con sus contemporáneos ausentes y distantes; un lugar para el intercambio de ideas pero, sobre todo, para un intenso intercambio de libros y revistas cuya lectura, en el caso de este autor dominico-cubano, siempre dieron paso a la constitución de un nuevo espacio de sociabilidad intelectual: el ensayo de crítica literaria. En efecto, García Godoy fue un

⁶⁹ “Carta de Federico García Godoy a Pedro Henríquez Ureña, La Vega, 12 de mayo de 1916”, en *Revista Dominicana de Cultura*, pp. 303-304.

⁷⁰ R. Foulché-Delbosc, *Revue Hispanique*, tome XXXVII, New York-Paris, 1916.

⁷¹ Yolanda Segnini, *La Editorial-América de Rufino Blanco Fombona. Madrid 1915-1933*, Libris, Madrid, 2000.

ávido lector de todos aquellos libros, revistas, opúsculos que le llegaron a su isla gracias al correo. Esta lectura se convirtió en el detonante de numerosas reseñas de crítica literaria que una y otra vez comenzaron de la misma manera: “He recorrido con viva delectación este libro interesante, de fácil y amena lectura, muy valioso y apreciado obsequio del gran poeta y escritor”,⁷² “Hace ya varios días... que tengo en mi mesa de estudio este precioso tomo de ritmos que de México, la ciudad legendaria y gloriosa, me envió uno de los más eximios cultivadores de la lírica hispanoamericana”⁷³; “Desde Madrid, donde ahora tiene su residencia, me remite este interesante y sustancioso libro mi amigo el ilustre escritor Rufino Blanco-Fombona. Lo he leído de un tirón, como quien dice, por más que varios de los trabajos que contiene me eran muy conocidos desde hace años (...)”.⁷⁴

Retomando a Roger Chartier, podemos decir que estamos ante textos en los que “se anula el corte clásico entre escritura y lectura dado que aquí la escritura es en sí misma lectura de otra escritura”.⁷⁵ O, parafraseando a Liliana Weinberg, se trata de uno de esos casos extremos del proceso de la recepción: aquellos en donde el lector se convierte a su vez en autor, de tal suerte que sus escritos “no sólo integra[n] y reactualiza[n] otras lecturas, sino que se vincula[n] a ellas en un horizonte general de comprensión...: la república mundial de las letras”.⁷⁶ Los ensayos de crítica literaria de García Godoy operaron, en ese sentido, como una especie de prolongación de las ideas y los encuentros previamente efectuados en sus intercambios epistolares. Si la carta constituyó el punto de partida del encuentro intelectual que se reactualizaba durante la lectura de las obras trocadas, el ensayo fue en García Godoy la consumación de ese encuentro: su (re)hacerse en el lenguaje por medio de la reflexión, la crítica, la intertextualidad, la paráfrasis, el comentario. Es más: si las cartas representaron los espacios privados de las redes intelectuales, sus ensayos de crítica literaria, publicados primero en revistas y después en libros, funcionaron como el lugar en donde esas

⁷² Federico García Godoy, “Páginas efímeras”, en *Obras escogidas 2. Miscelánea*, Fundación Corripio, Santo Domingo, 2004, p. 321.

⁷³ *Ibid.*, pp. 307-451.

⁷⁴ Federico García Godoy, “Simón Bolívar por los grandes escritores americanos”, en *Cuba Contemporánea*, tomo VIII, año III, núm. 4, agosto de 1915, La Habana, pp. 351.

⁷⁵ Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios de historia cultural*, Gedisa, España, 2005, p. 39.

⁷⁶ Liliana Weinberg, *Situación del ensayo*, UNAM, México, 2006, p. 55.

redes se *publicitaron* y quedaron fijas en nuevos soportes materiales que aumentaron el capital simbólico de su autor. La religación se prolongaba en el ensayo y, con ello, la conversación y la escucha, la amistad textual, los re-encuentros intelectuales que “nunca se cierran porque no logran colmarse”.⁷⁷

Liliana Weinberg en su libro *Situación del ensayo* propone una lectura de este género como prosa no ficcional siempre orientada, siempre inscrita en un mundo valorado sobre el que se despliega un juicio, una interpretación. El ensayo funciona como un *estilo del pensar* sobre el mundo que se hace *estilo del decir* y viceversa, capaz de ofrecernos una doble perspectiva: por una parte remitirnos al mundo que se está mirando e interpretando, y por la otra a la mirada del autor intérprete. Esta relación dialógica que el ensayo guarda con el mundo hace de este género una ventana para mirar y reconstruir esa *comunidad de sentido* —tradiciones, prácticas, instituciones, ideas, convenciones literarias, textos— en la que se inserta y se produce el ensayo, y a la cual éste contribuye a representar, recrear, conjeturar y restaurar simbólicamente. El ensayo siempre es un diálogo con el mundo, con el *aquí* y el *ahora* de su autor; un género oscilando permanentemente entre la soledad y la sociabilidad, inserto en redes simbólicas de debate y formaciones culturales, tradiciones y discusiones que se albergan en un campo intelectual o en esfera pública determinada.⁷⁸

Proponemos, entonces, en esta última parte del trabajo leer los ensayos de García Godoy en clave de red, es decir, como textos que al originarse en las relaciones epistolares de nuestro autor se volvieron una re-creación y una fijeza de esos mismos contactos y de esas mismas conexiones *en y desde* la escritura. Desde la ventana del ensayo intentaremos problematizar en torno a dos cuestiones:

1. La representación de García Godoy como un ávido lector de literatura hispanoamericana, cuya biblioteca privada puede reconstruirse, precisamente, gracias a sus ensayos de crítica literaria, e ilustrarnos sobre la circulación y la recepción de libros hispanoamericanos en el Caribe.
2. El proceso de autodefinición de García Godoy como crítico literario, cuyo prestigio internacional emanó de ahí, pero cuya formación no fue académica sino libresca: el resultado de ese intercambio transnacional de libros que él importó a Santo Domingo gracias a la carta.

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ *Ibid.*

García Godoy, el ávido lector

Consigna Emilio Rodríguez Demorizi en su libro *Sociedades, cofradías, escuelas, gremios y otras corporaciones dominicanas*, que “la rica biblioteca particular del escritor Federico García Godoy fue destruida por un incendio el 29 de julio de 1925”.⁷⁹ Dado que falleció en febrero de 1924, García Godoy ya no estuvo presente para contemplar tal desastre que debió representar una gran pérdida para su familia —incluso, para la nación—, si consideramos que su dueño fue un voraz lector de su tiempo y, en especial, un ávido lector de ese invento que se fue perfilando a inicios del siglo XX: la literatura hispanoamericana. Hasta ahora no hemos encontrado algún registro, inventario o testamento que nos permita conocer con cierto detalle el contenido de dicha biblioteca. Empero, gracias a que García Godoy transmutó en todo momento sus lecturas en escritura, nos es posible proponer una reconstrucción simbólica de su biblioteca latinoamericana. Las numerosas reseñas críticas que escribió, en su mayoría sobre la obra de autores hispanoamericanos, sirven como huellas de los libros, revistas, opúsculos que García Godoy logró reunir en su casa de La Vega, pero, además, como indicios del activo intercambio de bienes simbólicos que sus redes epistolares hicieron posible al funcionar como verdaderos circuitos de circulación y difusión editoriales.

Beatriz Colombi, refiriéndose a Enrique Gómez Carrillo, señala que este escritor guatemalteco —uno de los más reconocidos en Europa a principios del siglo pasado, aunque no muy apreciados por sus homólogos latinoamericanos congregados en los cafés y las tertulias parisinas— fungió como un “*escritor-puerto* libre por donde transitaron innumerables adaptaciones de la cultura finisecular”.⁸⁰ Y es que, por un lado, Gómez Carrillo, permitió la entrada de “variados discursos centrales al universo hispánico” y, por otro, distribuyó esos mismos discursos a través de su propia escritura, donde ya fuera exagerándolos, amplificándolos o parodiándolos, los puso al alcance de un creciente número de lectores hispanoamericanos. Lo que me interesa recuperar de este planteamiento de Colombi es, precisamente, la imagen del “*escritor-puerto*” que resulta bastante útil para ejemplificar la función que García Godoy cumplió al conformar su biblioteca particular: fungir como un *escritor-*

⁷⁹ Emilio Rodríguez Demorizi, *Sociedades, cofradías, escuelas, gremios y otras corporaciones dominicanas*, Editora Educativa Dominicana, Santo Domingo, 1975, p. 21.

⁸⁰ Beatriz Colombi, *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*, Beatriz Viterbo Ediciones, Rosario, 2004.

puerto, o si se prefiere un lector-puerto, por cuya intermediación entraron a la República Dominicana los más variados textos de autores hispanoamericanos, que se difundieron entre el público dominicano gracias a las reseñas literarias del propio García Godoy. Aquí es donde adquiere una connotación más clara la noción de *importador* propuesta por Gustavo Sorá: García Godoy fue un importador de bienes simbólicos, en el sentido más económico y literal del término, cuyo prestigio, identidad social y posición dentro del campo intelectual dominicano estuvieron estrechamente asociados a esos objetos importados.

En la Tabla 1 se muestran los títulos que integraron la biblioteca hispanoamericana de García Godoy si tomamos como fuente, únicamente, sus reseñas críticas. Es de destacarse la lectura intensiva y extensiva que realizó de autores provenientes de países como España, Argentina, Cuba, México, Chile, Uruguay, Venezuela y, por supuesto, República Dominicana. En menor medida revisó la obra de autores originarios de Perú, Colombia, Costa Rica, Brasil, Ecuador, Nicaragua, Puerto Rico y Bolivia. Esto no quiere decir que García Godoy haya dejado de ser lector de autores europeos. De hecho lo fue y tuvo en escritores como Hyppolyte Taine y Ernest Renan a sus modelos, tal como lo confesó al responder a la pregunta “¿Qué autores han influido más en Usted?” en una encuesta de 1917 convocada por la *Revista Letras* de Santo Domingo:

Taine y Renan han sido mis autores predilectos, acaso y sin acaso los que más hondamente han marcado su huella en mi desenvolvimiento espiritual. Eso no quita, dado el ambiente de compleja mentalidad de nuestro tiempo, que otros autores, Kant, Boutroux, Bergson, W. James, Croce, otros, en los que al movimiento filosófico se refiere, hayan tenido también su parte en ese desenvolvimiento espiritual. Aún disintiendo de él en muchos aspectos, he sentido siempre gran admiración por Menéndez y Pelayo. Walter Pater en la literatura inglesa merece a mi juicio una admiración sin reserva (...).⁸¹

Empero, no fueron estas lecturas europeas las que caracterizaron el trabajo intelectual de García Godoy, otorgándole fama y reconocimiento, sino más bien sus lecturas hispanoamericanas. Al tomar sus reseñas como fuentes principales para reconstruir los circuitos editoriales de su biblioteca, uno se percata que un considerable número de libros lo obtuvo por el envío di-

⁸¹ “Encuesta de ‘Letras’. Contestación de Federico García Godoy”, en *Letras*, núm. 32, año I (16 de septiembre de 1917), Santo Domingo.

recto de las obras por parte de sus autores a través de cartas, a la usanza del momento y ante la precariedad, todavía, de industrias editoriales y de un comercio internacional de libros del que República Dominicana fuera partícipe. Un breve ejemplo de esta manera tan “artesanal” de adquirir sus libros se encuentra en la reseña crítica que redactó sobre “interesantes opúsculos” del mexicano Alfonso Reyes:

Desde Madrid me envía el notabilísimo escritor Alfonso Reyes algunos interesantes opúsculos publicados por él recientemente. En todos ellos se dilata á sus anchas una erudición amplia y críticamente depurada. Es una erudición de buena ley, á la moderna, jugosamente aquilatada. No falta quienes tomen á mala parte el nombre de erudito suponiendo que quien goza de tal calificativo es sólo un mero rastreador de viejos archivos con el solo ó el principal objeto de encontrar y compulsar deteriorados documentos comidos de polilla. Alfonso Reyes no puede catalogarse entre ejemplares de esa especie (...) Curiosidad, genuina curiosidad de devoto humanista se advierte en cuanto produce su pluma seria y capaz de adentrarse en muy difíciles y aun oscuros problemas. Tal lo demostró en un volumen de sus mocedades, *Cuestiones estéticas*, al cual consagré un estudio en uno de mis libros. En esa obra reveló sorprendente, muy sorprendente madurez para sus veinte años dilucidando con admirable fuerza de penetración y en estilo fácil y de luminosa precisión temas tan difíciles, pongo por caso, como el procedimiento ideológico de Stéphane Mallarmé.⁸²

Escritores jóvenes del continente fueron particularmente proclives a enviar sus obras a García Godoy, pretendiendo encontrar en él a un lector y a un comentarista. Destaca, en ese sentido, el intenso intercambio de textos que García Godoy sostuvo con jóvenes escritores chilenos, como Benjamín Vicuña Subercaseaux, quien le hizo llegar *El socialismo revolucionario y la cuestión social en Europa y Chile, Gobernantes y literatos, La producción intelectual de Chile y Crónicas del Centenario*; o Julia Sáez a quien el escritor dominicano confesó conocer sólo “por las producciones suyas que ha tenido la exquisita amabilidad de remitirme”:

De Julia Sáez (Araucana) celebrada autora de *Corazón adentro*, recibo, acompañada de una muy cordial y expresiva epístola, dos nuevos interesantes opúsculos. *Alma chilena (Diario de una niña)* y *Magda* (...).

⁸² Federico García Godoy, “Un escritor mexicano”, en *Letras*, núm. 158, año IV (9 de mayo de 1920), Santo Domingo.

Julia Sáez, á quien sólo conozco por las producciones suyas que ha tenido la exquisita amabilidad de remitirme, merece muy consciente admiración y mis más rendidas simpatías. En las partes de su ingenio se revela maestra de ciencia y de conciencia y escritora inteligente y amena. Es de desear que persista en la vía luminosa por ella emprendida. Es de desear, ya así hay que esperarlo de su voluntad tesonera, que no se amilane, que no desmaye, que no se declare vencida ante los obstáculos que siempre se yerguen ante los espíritus superiores que han hecho y hacen de la vida, no una fuente de placeres efímeros, sino una concepción perdurable de bien, de amor y de justicia.⁸³

Habría que ahondar en otros trabajos en torno a esta relación intelectual entre escritores chilenos y dominicanos porque, sin duda, se trata de la historia de una red transnacional de mayores alcances, que tuvo en la figura de Eugenio María Hostos a un constructor pionero. Recordemos que Hostos después de vivir en República Dominicana y participar, de 1879 a 1888, en la fundación de las Escuelas Normales de este país caribeño, se exilió en Chile por nueve años (1889-1898), extendiendo su prédica pedagógica a instituciones como el Liceo de Chillán y el Liceo “Miguel Luis Amunátegui” de Santiago de Chile.

Tabla 1
Lecturas hispanoamericanas de García Godoy

Abasolo N., Jenaro (Chile)	<i>La personalidad política y La América del porvenir</i> , Imprenta i Encuadernación Universitaria, Santiago de Chile, 1907
Abreu, Raúl (República Dominicana)	
Alas Clarín, Leopoldo (España)	
Alberdi, Juan Bautista (Argentina)	
Alcántara García, Pedro (España)	<i>Historia de la literatura española</i>
Altamira, Rafael de (España)	
Álvarez, Alejandro	

⁸³ Federico García Godoy, “Letras chilenas”, en *Letras*, año IV, núm. 172 (26 de septiembre de 1920), Santo Domingo.

Continuación Tabla 1

Anclair, Marcelle (francesa residente en Chile)	<i>Transparence. Versos</i>
Andara, J.L.	<i>Confraternidad americana</i>
Aramburo, Joaquín Nicolás (Cuba)	<i>Páginas</i>
Ateneo de la Juventud de México (México)	<i>Conferencias</i>
Gómez de Avellaneda, Gertrudis (Cuba)	<i>Obras de la Avellaneda</i> <i>Epistolario amoroso</i>
Ballesteros, Montiel (Uruguay)	<i>Cuentos uruguayos</i> <i>Emoción</i>
Barbagelata, Hugo D. (Uruguay)	<i>Pages choisies de José Enrique Rodó, París, Librairie Félix Alcán</i>
Baroja, Pío (España)	
Becquer, Gustavo Adolfo (España)	
Bilbao, (Francisco) (Chile)	
Billini, Francisco Gregorio (República Dominicana)	<i>Engracia y Antoñita</i>
Blanco Fombona, Horacio (Venezuela)	<i>Pórtico</i> <i>Estalactitas</i> (prólogo de Federico García Godoy)
Blanco Fombona, Rufino (Venezuela)	<i>La evolución política y social de Hispano-América</i> <i>Letras y letrados de Hispano-América, Sociedad de ediciones literarias y artísticas, París, 1908</i> <i>Cantos de la prisión y del destierro</i> <i>Cartas de Bolívar</i> <i>La lámpara de Aladino, noticias, Renacimiento, Madrid, 1915</i> <i>El hombre de hierro</i> <i>El hombre de oro</i> (novela), Editorial América, Madrid, 1916?) <i>Ensayo sobre el modernismo en América</i> <i>Grandes escritores de América</i> <i>Bolívar pintado por sí mismo, 2 vols.</i> <i>Discursos y proclamas de Bolívar</i> <i>Bolívar, escritor</i> <i>El conquistador español del siglo XVI</i>
Borrero de Luján, Dulce María (Cuba)	<i>Horas de mi vida. Poesías</i> (con prólogo de Fabio Fiallo)

Continuación Tabla 1

Borrero de Luján, Juana (Cuba)	
Bunge, Carlos Octavio (Argentina)	
Campoamor, (Ramón) (España)	<i>Dolosas</i>
Carricarte, Arturo R. de (Cuba)	<i>El nacionalismo en América</i>
Casal, Julián del (Cuba)	<i>Nieve</i>
	<i>Hojas al viento</i>
Caso, Antonio (México)	Artículos sobre Nietzsche publicados en <i>Revista Moderna de México</i> <i>Conferencias sobre el positivismo</i> <i>Filósofos y doctrinas morales</i> <i>La filosofía de la intuición</i> <i>Recuerdos de Italia</i>
Castelar, Emilio (España)	
Castillo Márquez, F. X. (República Dominicana)	
Castro, Víctor M. de (República Dominicana)	<i>Cartas francas</i>
Cervera, Manuel	
Cestero, Manuel F. (República Dominicana)	
Cestero, Mariano A. (República Dominicana)	<i>Descentralización y personalismo</i>
Cestero, Tulio Manuel (República Dominicana)	<i>El jardín de los (sueños)</i> <i>La sangre de primavera</i> <i>Ciudad romántica</i> <i>La sangre</i> <i>Vindicación</i>
Correa y Cidrón (República Dominicana)	
Darío, Rubén (Nicaragua)	<i>Letras</i> <i>Azul</i> <i>Cantos de vida y de esperanza</i> <i>Prosas profanas</i> <i>Galarippos</i>
Deligne, Gastón F. (República Dominicana)	
Del Valle, Francisco G. (Cuba)	<i>José de la Luz y los católicos españoles (opúsculo)</i>
Díaz Mirón, Salvador (México)	
Díaz, Leopoldo (Argentina)	<i>Las sombras de (Hellás)</i>
Dominici, Pedro César (Venezuela)	<i>Dionysos</i>
Donoso, Armando (Chile)	<i>Pequeña antología de poetas chilenos contemporáneos</i> <i>Críticas, prólogo de Leopoldo Lugones</i>

Continuación Tabla 1

Españat, Ulises (República Dominicana)	<i>Escritos</i>
Espronceda (España)	
Feu, José Leopoldo (España)	<i>El romanticismo en España</i>
Fiallo, Fabio (República Dominicana)	<i>Primavera sentimental</i> <i>Cantaba el ruiseñor</i> <i>Cuentos frágiles</i> <i>Tras sus huellas</i>
Galiano Gancio, Miguel (Cuba)	<i>Ruiseñores del alma</i> <i>Del rosal de mis sueños</i>
Galindez, Bartolomé (Argentina)	<i>Poemas modernos y exóticos</i> <i>Nuevas tendencias</i> <i>(Conferencia sobre Rodó)</i>
Gallinal, Gustavo (Uruguay)	
Galvéz, Manuel (Argentina)	
García Calderón, Francisco (Perú)	<i>Profesores del idealismo</i> <i>Hombres e ideas de nuestro tiempo</i> , Prólogo de Emile Boutroux, F. Sempere y Compañía Editores, Valencia, 1907 <i>Les Democraties Latines de l'Amérique</i> <i>Ideologías</i> <i>Le dilemme de la Guerre</i>
García Gómez, Aristides (República Dominicana)	
García Mella, Moisés (República Dominicana)	<i>Libertad civil</i>
Garcilaso, Inca	<i>Comentarios reales</i>
Garrido, Miguel Ángel (República Dominicana)	<i>Siluetas</i> <i>Bustos áureos</i>
Gaspar Rodríguez, Emilio (Cuba)	<i>Los conquistadores</i>
Giusti, (Roberto) (Argentina)	
Gómez de Baquero, Eduardo (alias Andrenio) (España)	
Góngora y Argote, Don Luis de (España)	<i>Polifemo</i> <i>Soledades</i>
González Blanco, Andrés (España)	
González Peña, Carlos (México)	
González Martínez, Enrique (México)	
Graca Aranha (Brasil)	<i>Cannán</i>
Gutiérrez Nájera, Manuel (México)	

Continuación Tabla 1

Guzmán, Martín Luis (México)	<i>Horas de estudio</i>
Henríquez Ureña, Pedro (República Dominicana)	<i>La enseñanza de la literatura</i> , Imprenta de Stephan y Torres, México, 1913 <i>Estudios sobre el Renacimiento en España: el Maestro Hernán Pérez de Oliva</i> , El Siglo XX, La Habana, 1914 <i>Don Juan Ruíz de Alarcón</i> , México, 1914 <i>La versificación irregular en la poesía castellana</i> , prólogo de R. Menéndez Pidal
Henríquez y Carvajal, Federico (República Dominicana)	<i>Juvenilia</i>
Henríquez, Enrique (República Dominicana)	<i>Miserere!</i>
Hérédia Girard, José María de (cubano-francés)	<i>Los trofeos</i>
Heredía, José María de (Cuba)	
Heredía, Nicolás (Cuba)	<i>Leonela</i>
Hermosilla	
Herrera, Luis Alberto (Uruguay)	
Hostos, Eugenio María de	<i>Tratado de sociología</i> <i>Moral social</i> , Biblioteca de Ciencias Política y Sociales, Editorial América, Madrid
Ingenieros, José (Argentina)	
Isaac, Jorge	<i>María</i>
Jaimes Freyre, R[icardo] (Argentina)	
Johnston, Samuel	<i>Diario de un tipógrafo yanqui</i> , introducción del crítico chileno Armando Donoso
Lagarrigue, Juan Enrique (Chile)	<i>La religión de la humanidad</i>
Lascano Tegui, Emilio (Uruguay)	<i>La sombra de la enfusa</i>
Lastarria, J. Victorino	<i>La América</i> , Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales, Editorial América, Madrid
Leguizamon, (M)artiniano (Argentina)	
Logroño, Arturo	
López Penha, A. Z. (Venezuela)	<i>El libro de incoherencias</i>
López, José Ramón	<i>Nisia</i>
López, Luis C. (Colombia)	<i>De mi Villoro</i> <i>Posturas difíciles</i>
Lufriú, René (Cuba)	<i>La epopeya de una mañana</i>

Continuación Tabla 1

Lugones, Leopoldo (Argentina)	<i>El crepúsculo del jardín</i> <i>Lunario sentimental</i>
Machado, Manuel A. (Venezuela)	
Mármol, (José)	<i>Amalia</i>
Martí, José (Cuba)	<i>Versos sencillos</i> <i>El presidio político en Cuba</i> <i>Versos libres</i> <i>Traducción de Ramona, Novela americana</i> por Helen Hunt Jackson, New York, 1888
Martínez Sierra, G	<i>Teatro de ensueño</i>
Mata, Andrés A. (Venezuela)	<i>Pentélicas</i>
Mejía, Gustavo A.	
Menéndez y Pelayo	<i>Historia de las ideas estéticas en España,</i> <i>tomo 2</i>
Meriño (República Dominicana)	<i>Obras</i>
Michelena y Rojas, F(rancisco)	<i>Exploración oficial</i>
Mitre, Bartolomé	
Molina, Enrique (Chile)	
Montalvo, Juan	<i>Catilinarias</i>
Montoro (Rafael?) (Cuba)	
Mora, José Joaquín de (Español)	
Morales, Ernesto (Argentina)	<i>Serenamente</i> <i>El sayal de mi espíritu</i>
Moreno, Gabriel (Bolivia)	<i>Ayacucho en Buenos Aires, Editorial América</i>
Morillo (República Dominicana)	<i>Noticias</i>
Moscoso Puello, F.E.	<i>Discurso del cinematismo</i>
(República Dominicana)	
Nervo, Amado (México)	
Nolasco, Félix M.	
(República Dominicana)	
Nuñez de Arce (España)	<i>Gritos de combate</i> <i>Raimundo Lulio</i> <i>Poema Luzbel</i>
Ocharan, Luis de (España)	<i>Marichú</i>
Oliveira Lima (Brasil)	
Ondegardo	<i>Historia de la conquista del Perú</i>
Oribe, Emilio (Uruguay)	<i>Las letanías extrañas</i> <i>Alucinaciones de belleza</i>
Othón, Manuel José (México)	<i>Noche rústica de Walpurgis</i>
Pacheco, N. (Costa Rica)	<i>Ensayo sobre el poeta Rafael Cardona</i>

Continuación Tabla 1

Paíno Pichardo	
Pardo Bazán, Emilia (España)	<i>Los pazos de Ulloa (apuntes autobiográficos)</i>
Pardo, Miguel Eduardo	
Payró, Roberto J. (Argentina)	
Pensón, César Nicolás (República Dominicana)	<i>Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo</i>
Pereda	
Pereyra, Carlos (México)	<i>Francisco Solano López y la guerra del Paraguay</i> <i>Rosas y Thiers, Editorial América, Madrid,</i>
Pérez, José Joaquín (República Dominicana)	
Peinado, Francisco J. (República Dominicana)	
Pichardo, J. M.	
Picón Febres, Gonzalo (Venezuela)	<i>Fidelia</i> <i>Páginas sueltas</i> <i>Revoltillo</i>
Pinochet Le-Brun, F. (Chile)	<i>La conquista de Chile en el siglo XX</i>
Pío, Carlos (Cuba)	<i>Oro. Poesías</i>
Quevedo, Francisco de (España)	<i>Vida del Buscón, editada por M. Foulché-Delboch</i>
Quesada (y Arostegui), Gonzalo de (Cuba)	<i>Obras completas de José Martí</i>
Reyes, Alfonso (México)	<i>Cuestiones estéticas</i> <i>(Opúsculos diversos editados en Madrid)</i> <i>Retratos reales e imaginarios</i>
Reyes, Carlos (Argentina)	
Riva Agüero, José de la (Perú)	<i>La historia del Perú, tesis para el doctorado en Letras</i>
Rivera, José J.	<i>Elegías sentimentales</i>
Rodó, José Enrique (Uruguay)	<i>Liberalismo y jacobinismo</i> <i>El que vendrá</i> <i>Rubén Darío</i> <i>Ariel</i> <i>Mirador de Próspero</i> <i>Nuevos Motivos de Proteo</i> <i>Pajes choisies, Librería Félix Alcan, París,</i> <i>El siervo libre de amor</i> <i>Poemas vesperales</i>

Continuación Tabla 1

Rojas, Ricardo (Argentina)	
Rosa, Pedro J. (Puerto Rico)	<i>Crímenes del imperialismo</i> , prólogo de Federico García Godoy, París, 1924
Sáez, Julia (Araucana) (Chile)	<i>Corazón adentro</i> <i>Alma chilena (diario de una niña)</i> , prólogo de Brigida Walkar
Salaverri, Vicente A.	<i>Magda</i> <i>La comedia de la vida</i> <i>Los hombres de España</i> <i>Cárcel de Amor</i>
San Pedro, Diego de (España)	
Sánchez Ramírez (República Dominicana)	<i>Diario de un mártir</i>
Santos Chocano, José (Perú)	
Sarmiento (Argentina)	<i>Facundo</i>
Shepherd, William (Estados Unidos)	<i>La literatura y el periodismo en la América del Sur</i> , Las Novedades, Nueva York, 1911 <i>Latin America</i> , University Press, Cambridge, 1914
Sierra, Justo (México)	
Silva, José Asunción (Colombia)	
Soto, Renato	
Tovar, Rómulo (Costa Rica)	<i>De Atenas y de filosofía</i>
Ugarte, Manuel (Argentina)	<i>El porvenir de la América latina (la raza, la integridad territorial y moral; la organización interior)</i> , F. Sempere y Compañía, Valencia, 1911
Unamuno, Miguel	<i>Quijote Bolívar</i>
Urbaneja-Achelpohl (Venezuela)	
Urbina, Luis G. (México)	<i>Puestas de sol</i> <i>Ingenuas</i>
Ureña de Henríquez, Salomé (República Dominicana)	<i>Poesías (Sociedad Amigos del País)</i>
Valbuena, Antonio de	<i>Ripios</i>
Valera, Juan	<i>Pepita Jiménez</i>
Vargas Vila	
Varona, Enrique José (Cuba)	<i>De la colonia a la república</i>
Vasconcelos, José (México)	
Vega, Fernando de la (Colombia)	<i>Algo de crítica</i> , prólogo de Enrique José de Varona

Continuación Tabla 1

Velasco, Carlos de (Cuba) (director de la Revista Cuba Contemporánea)	<i>Desde el castillo de Figueras</i>
Verdes Montenegro, José	<i>Estudio literario</i>
Vicuña Makenna (Chile)	
Vicuña Subercaseaux, Benjamín (Chile)	<i>El socialismo revolucionario y la cuestión social en Europa y Chile</i> <i>Gobernantes y literatos</i> <i>La producción intelectual de Chile</i> <i>Crónicas del Centenario</i> Artículos sueltos
Vigil	
Zaldumbide, Gonzalo (Ecuador)	<i>José Enrique Rodó</i> , editado por la Revue Hispanique de M. Folché-Delboch
Zorrilla de San Martí, Juan (Uruguay)	<i>Tabaré</i>
Zorrilla, (José) (España)	<i>Granada</i> <i>Margarita la tornera</i>
Sin autor (México)	Folletos sobre la Universidad Popular Mexicana

Regresando, sin embargo, a García Godoy habría que agregar que los libros no fueron los únicos soportes materiales que tuvo a su alcance para acceder al conocimiento y disfrute de la literatura latinoamericana de su tiempo. Las revistas también jugaron un papel fundamental en este terreno. En sus cartas y ensayos, reconoce haber recibido y leído publicaciones periódicas como el *Boletín de la Biblioteca Nacional y Revista Moderna*, de México; *Cuba Contemporánea* y *El Fígaro*, de La Habana; *Revista de América* y *Revue Hispanique*, de París; *El Cojo Ilustrado*, de Caracas; *Las Novedades*, de Nueva York, y *Nosotros*, de Buenos Aires. Publicaciones que, como señala Susana Zanetti en relación al *Cojo Ilustrado*, funcionaron como agentes principales de religación continental al: 1) producir fenómenos de coetaneidad en América Latina por el desarrollo simultáneo de similares condiciones de producción y recepción; 2) promover una red extensa e intensa de vínculos entre escritores y público; 3) contratar a escritores de diferentes países de la región para que fungieran como corresponsales o colaboradores que nutrían las páginas de la publicación con crónicas, poemas, cuentos o ensayos; 4) reproducir textos de unas revistas a otras, a través de procedimientos como el llamado “canje”; 5) introducir secciones fijas destinadas al comentario, la crítica o la reseña de las distintas literatu-

ras latinoamericanas; y 6) convertir a “Hispanoamérica, por primera vez, en un campo compartido de solidaridades articuladas para la defensa de los mismos ideales, y también de polémica”.⁸⁴ Como agrega Liliana Weinberg en referencia a la *Revista Moderna de México*, el programa hispanoamericanista que muchas de estas revistas enarbolaron acabó por confluir con otros rasgos de la época: “modernidad, inteligencia, juventud, creación, espiritualidad y aristocracia del espíritu y, sobre todo, evidencia del surgimiento de una nueva figura en el campo cultural: la del intelectual”.⁸⁵

Al tener acceso a estas publicaciones periódicas, García Godoy se colocó como un atento espectador ante un escaparate textual que le permitía contemplar, a un mismo tiempo y en un solo lugar, las producciones más variadas del continente y, gracias a ello, multiplicar significativamente el número de sus lecturas y llenar aquellos vacíos dejados por la todavía incipiente producción-circulación de libros en la región. Así lo reconoció al referirse a la producción intelectual rioplatense:

Para que ese ideal se acentúe y cobre mayor vuelo, debemos los escritores de América tender a un acercamiento intelectual cada vez más íntimo y fructuoso. Salvo resaltantes excepciones, no nos conocemos como fuera deseable. Nuestro conocimiento es muy superficial. Nuestras relaciones son tardías, escasas e incompletas. Refiriéndome al movimiento intelectual rioplatense —tan acertadamente juzgado por Rodó en su primera época— si aquí conocemos con relativa exactitud, por ejemplo, la labor mental de Ingenieros, Bunge, Carlos Reyes, Ricardo Rojas, Lugones, Aymerich, Giusti, Melián Lafinur, Manuel Gálvez, bien puede afirmarse que nos es enteramente desconocida o poco menos la porción de ese movimiento a que se contrae el estudio de Rodó, pues de sus figuras representativas sólo conocemos, a lo que recuerdo ahora, las estrofas centelleantes de Mármol, su *Amalia*, el *Facundo* de Sarmiento, algo de Alberdi, nada del Echeverría que con tan particular relieve se desata en las instructivas páginas de este interesantísimo estudio. Lo que es popularísimo en estas latitudes —aunque de publicación posterior a la de la obra de los escritores mencionados— es *Tabaré*, el magnífico poema en que Zorrilla de San Martí condensó con doliente y duradero ritmo las acerbas

⁸⁴ Zanetti, “Modernidad y religación”, *op. cit.*, p. 18.

⁸⁵ Liliana Weinberg, “Hispanoamérica: la confederación del arte”, en Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé, *Revista Moderna de México (1903-1911)*, UNAM, México, 2002, p. 200.

nostalgias y los torturantes dolores de una raza moribunda. *Una excelente revista de Buenos Aires, Nosotros, contribuye actualmente a dar a conocer en estos países algunos intelectuales argentinos de muy acentuada y singular valía*⁸⁶ (cursivas mías).

Valdría la pena repensar la función que cumplieron las revistas a principios del siglo XX en la formación de los primeros lectores de literatura hispanoamericana. En el caso particular de García Godoy habría que considerar no sólo las revistas que le llegaron del exterior, sino también revistas dominicanas como *Letras y Ciencias, Cuna de América, Ateneo, Letras*, publicaciones periódicas que asumieron la tarea de difundir a autores hispanoamericanos a fin de estrechar lazos con el resto del continente. García Godoy, en relación con estas publicaciones, cumplió siempre un doble papel: el del lector y el del colaborador que con sus reseñas iba tras la búsqueda de nuevos lectores. Como explica Weinberg, a principios del siglo XX “el ‘rápido comentario’ está así ateneceado por la urgencia de dar difusión a un libro poco difundido y demostrar la necesidad de su lectura, a la vez que poner sobre la mesa los criterios para su comprensión, para entender su *querer decir*”.⁸⁷ El ejercicio de este doble papel le permitió a García Godoy construir una imagen pública sobre sí mismo que fue bastante difundida en su momento: la del incansable lector que siempre está al día gracias a que recibe, a través de la carta, lo mejor de su época y de sus contemporáneos, y en silencio y soledad, en el “tranquilo recogimiento del hogar, en la alta noche, á la luz de la lámpara, mientras afuera cae copiosamente la lluvia y zumba el viento con acentos quejumbrosos”,⁸⁸ lee “con íntima voluptuosidad”, haciendo de la lectura, como decía su compatriota Américo Lugo, “conversación suave y reposada con personas entendidas o que de ello se precian en tal o cual materia”.⁸⁹ Esta imagen fue tan popular que a la muerte de García Godoy, acontecimiento que mereció la atención de diversas publicaciones del continente, no pudieron ser otros los detalles sobre su fallecimiento más que la repetición de esa misma imagen:

⁸⁶ Federico García Godoy, “Americanismo literario”, en *Obras escogidas 2*, p. 536.

⁸⁷ Liliana Weinberg, “Crítica literaria y trabajo intelectual”, en Selnich Vivas Hurtado (coord.), *Utopías móviles. Nuevos caminos para la historia intelectual en América Latina*, Universidad de Antioquia, Bogotá, 2014, p. 94.

⁸⁸ Federico García Godoy, “Horas de mi vida. Poesías, por Dulce Ma. Borrero de Luján”, en *La Cuna de América*, núms. 27-28 (27 de enero de 1913), Santo Domingo, p. 335.

⁸⁹ Américo Lugo, “Bibliografía”, en *Obras escogidas 2*, Fundación Corripio, Santo Domingo, 1993, p. 106.

Sentado frente a su mesa escritorio, en la que tantas hermosas páginas dio a la literatura castellana, ha muerto repentinamente en su residencia de La Vega, República Dominicana, uno de los más asiduos y valiosos colaboradores de CUBA CONTEMPORANEA: Federico García Godoy.

(...)

En un sentido artículo que ha escrito con motivo de su fallecimiento otro dominicano ilustre, el Dr. Federico Henríquez y Carvajal (...) refiere su muerte, inesperada y sensible, diciendo que

Junto a su mesa de trabajo, tal vez cuando iba a coger la pluma dócil para escribir alguna de esas hojas de pocas líneas, volanderas, en las cuales solía dejar la mera impresión recibida de su última lectura, sumergido en religioso silencio, como delante de la esfinge, inclinó la cabeza que fue nido de altas ideas y nobles ideales, y entregó al eterno arcano de la muerte su hidalgo y fecundo espíritu...

CUBA CONTEMPORANEA, que desde los primeros años de fundada se honró con la brillante colaboración del autor de *Perfiles y relieves*, *La hora que pasa*, *Páginas efímeras* y tantas otras notables obras de crítica literaria, lamenta profundamente su fallecimiento, y envía a los familiares del escritor extinto el más sentido pésame, condoliéndose de la gran pérdida que han sufrido las Letras dominicanas.⁹⁰

García Godoy, el crítico

En un debate transmitido por *Radio France* en 1983 sobre “la práctica de la lectura como práctica cultural”, Pierre Bourdieu, en diálogo con Roger Chartier, recordaba una antigua oposición medieval entre el *auctor* y el *lector*. El *auctor*, explicaba Bourdieu, “es aquel que produce” y cuya producción está autorizada por la *auctoritas*. El lector, en cambio, es aquel cuya producción consiste en *hablar de las obras de los otros*. “Esta división, que corresponde a aquella del escritor y del crítico, es fundamental en la división del trabajo intelectual”.⁹¹ Esta breve explicación de Bourdieu nos resulta bastante útil porque resume, precisamente, la intrínseca relación que existió en la figura de García Godoy entre sus actos de lectura y su

⁹⁰ “Notas editoriales. Federico García Godoy”, en *Cuba Contemporánea* tomo XXXIV, núm. 135 (marzo de 1924), La Habana, pp. 279-280.

⁹¹ Renán Silva, “La lectura: una práctica cultural. Debate entre Pierre Bourdieu y Roger Chartier”, en *Revista Sociedad y Economía*, núm. 4, abril, 2003, Colombia, p. 162.

formación como crítico literario en América Latina. Y aquí arribamos a uno de los planteamientos principales de esta exposición: si García Godoy se caracterizó por leer literatura hispanoamericana, cuyas obras le llegaban gracias a redes epistolares que funcionaban como circuitos editoriales, su definición como crítico literario fue, en buena medida, una reacción o consecuencia de esa práctica religadora. García Godoy se hace crítico no por vía de una formación académica sino gracias a una formación libresca: se hace crítico porque lee, y lo que lee y critica es literatura hispanoamericana. Consideramos, en ese sentido, que García Godoy personificó un momento muy particular en la historia de la crítica literaria latinoamericana. ¿Cuál fue ese momento?

Grínor Rojo propone una periodización en cuatro etapas de la historia de la crítica literaria en América Latina, esto es, de su paulatino afianzamiento y autonomización como un pensar “moderno” sobre la literatura, dotado de su propio espesor y su propia legalidad.⁹² La primera etapa es la que arranca en las últimas tres décadas del siglo XIX, se prolonga hasta 1920 y representa el surgimiento de ese pensamiento sobre la literatura gracias a las reflexiones de autores como Manuel Gutiérrez Nájera, José Martí, Rubén Darío y José Enrique Rodó. La segunda etapa corresponde a los años de 1920-1950, cuando escritores como Pedro Henríquez Ureña, José Carlos Mariátegui y Alfonso Reyes, en tanto figuras centrales, echan las bases de la *profesionalización* de la práctica crítica. La tercera etapa es la que se desarrolla entre los años cincuenta y ochenta del siglo pasado, bajo la batuta de los llamados “renovadores” —Antonio Cándido, Roberto Fernández Retamar, Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar—, a quienes “apremian las demandas que surgen de una historia a la que múltiples convulsiones han puesto al rojo vivo”. Y, finalmente, una cuarta etapa, un periodo transicional, que va de los años ochenta a la actualidad, cuyo tratamiento remite a autores como Roberto Schwarz y Beatriz Sarlo.⁹³

Si seguimos esta periodización, García Godoy pertenece a la primera etapa que Rojo, retomando a Ángel Rama, caracteriza como el inicio de la conquista de la especialización literaria y artística, aunque sólo como “atisbo de una futura profesionalización”. Diez textos, a su modo ver, constituyen los hitos de este momento fundacional: “El arte y el materialismo” (1876) de Manuel Gutiérrez Nájera; “El carácter de la Revista Venezolana”

⁹² Grínor Rojo, *De las más altas cumbres. Teoría crítica latinoamericana moderna (1876-2006)*, LOM Ediciones, Santiago, 2012.

⁹³ *Ibid.*, pp. 9-10.

(1881) y el “Prólogo” a *Poema del Niágara* de J.A. Pérez Bonalde (1882), de José Martí; las “Palabras liminares” a *Prosas profanas y otros poemas* (1896), el “Prefacio” a *Cantos de vida y esperanza* (1905) y las “Dilucidaciones” a *El canto errante* (1907), de Rubén Darío; “Rubén Darío. Su personalidad, su última obra” (1899) de José Enrique Rodó y

sus “siete fragmentos metacríticos que al pensador uruguayo se le quedaron inéditos y que se titulan (subtitulación que no es de Rodó, sino de Emir Rodríguez Monegal) ‘La facultad específica del crítico’, ‘La duplicidad del crítico’, ‘La amplitud del crítico’, ‘La víbora que ondula’, ‘El sentido adivinatorio de la simpatía’, ‘Metamorfosis del crítico’ y ‘El diálogo crítico’”.⁹⁴

Lo que explica Rojo es que mientras en Gutiérrez Nájera encontramos los primeros reclamos por un lugar propio para la poesía y el poeta en el marco de la sociedad moderna; en Martí y Darío tenemos la autoconciencia del artista, es decir, la aparición de una conciencia moderna que entiende la literatura y el pensar sobre ella como actividades que pueden reclamar un campo propio. El ciclo se cierra con un Rodó que representa al crítico ya en camino hacia su profesionalización, capaz no sólo de reivindicar a la crítica literaria como arte sino, además, de mirarse y reflexionar teóricamente sobre la naturaleza y las condiciones de ese quehacer crítico. Rodó, considera Rojo, es por ello el eslabón que conecta a la primera etapa con la segunda, la de la plena profesionalización bajo las figuras de Henríquez Ureña, Reyes y Mariátegui, quienes desde textos menores, como la reseña crítica de Mariátegui sobre los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* de Henríquez Ureña,⁹⁵ hasta libros monumentales como *El deslinde* de Reyes,⁹⁶ sientan las bases teóricas, metodológicas, y podríamos agregar institucionales, de una crítica literaria propiamente *latinoamericana*.

Pues, bien, más cercano a los inicios de la primera etapa que a su final, García Godoy, buen amigo epistolar pero, sobre todo, buen lector de todos los escritores anteriormente mencionados, se autodefinió como crítico lite-

⁹⁴ *Ibid.*, p. 14.

⁹⁵ Para un análisis de este texto con una propuesta semejante a la de Grinor Rojo, véase el trabajo de Lilibian Weinberg, “Crítica literaria y trabajo intelectual”, *op. cit.*, pp. 90-117.

⁹⁶ Para un análisis de este libro de Reyes que lo caracteriza como uno de los primeros textos latinoamericanos que “sistematizara ‘científicamente’ el hecho literario como condición fundacional de una ciencia literaria latinoamericana”, véase Ignacio Sánchez Pardo, *Intermitencias americanistas. Estudios y ensayos escogidos (2004-2010)*, UNAM, México, 2012.

rario al ritmo de la escritura de al menos seis libros que publicó entre finales del siglo XIX y el primer cuarto del XX: *Impresiones* (Moca, 1889), *Perfiles y relieves* (Santo Domingo, 1907), *La hora que pasa (notas críticas)* (Santo Domingo, 1910), *Páginas efímeras (movimiento intelectual hispanoamericano)* (1912), *De aquí y de allá (notas críticas)* (Santo Domingo, 1916) y *Americanismo literario* (Madrid, 1918). Si los dos primeros libros se caracterizaron por su carácter misceláneo, propio de las obras latinoamericanas de entre siglos, marcadas por el vértigo y la novedad de la prensa así como por la urgencia de perpetuar en libros las páginas voladeras de los diarios; los cuatro últimos se caracterizaron por su acento hispanoamericanista, es decir, por el hecho de que García Godoy se centró en analizar obras y autores de la región. Lo destacable, sin embargo, es que en todos estos trabajos, sin excepción, García Godoy reivindicó un tipo de crítica literaria que estuvo muy en boga a finales del siglo XIX: la llamada crítica impresionista, cuyos principales exponentes fueron escritores franceses como Bourget, Lemaitre y, uno de los escritores predilectos de García Godoy, Ernest Renan.

En efecto, el crítico español Francisco Icaza en una conferencia dictada en 1893 en el Ateneo de Madrid, argumentaba que dos escuelas distintas de crítica literaria habían adquirido “en nuestra época su mayor extensión e importancia”.⁹⁷ La primera era la escuela alemana que pugnaba por una crítica como ciencia, apoyada en la historia y la filología, a fin de desentrañar los orígenes literarios de las obras y llevar a cabo “el estudio directo y profundo de los clásicos”. “El sueño de los eruditos alemanes, como ellos mismos dicen, ‘es hacer fuera de toda tradición, y con documentos antiguos una ciencia nueva’”.⁹⁸ La segunda escuela era, precisamente, la impresionista cuyo principal asiento, aunque no el único, estaba en Francia. Esta escuela, mostraba Icaza, se sustentaba en, al menos, dos planteamientos que la distanciaban de la propuesta alemana. En primer lugar, partía de la consideración de que la vida y el mundo se hallan en un estado de permanente cambio, lo que provoca que cualquier juicio sobre la literatura “sea mudable y diverso para que no podamos responder de otra cosa que de nuestra impresión del momento”.⁹⁹ Recordaba Icaza las palabras al respecto de Lemaitre: “Las obras desfilan delante del espejo de nuestro espíritu; pero como el desfile es largo, el espejo se modifica en el intervalo, y cuando, por azar, la

⁹⁷ Francisco A. de Icaza, *Examen de críticos*, Madrid, 1894.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 54.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 18.

misma obra vuelve no proyecta ya la misma imagen”.¹⁰⁰ En consecuencia, el fundamento de la crítica literaria no podía ser otro que el juicio siempre subjetivo del crítico, ajeno y contrario a cualquier dogmatismo y sólo acorde al “temperamento” del momento.

(Las) obras (de los críticos impresionistas) podrían llevar por epígrafe estas palabras de Montaigne:

“Aquí están mi temperamento y mis opiniones; son mis creencias; yo las doy como tales no como cosa que debe creerse. No quiero más que mostrarme á mí mismo, y quién sabe por ventura si mañana un nuevo aprendizaje me hará cambiar. No tengo autoridad para que se me crea; es más, no la deseo: estoy muy poco instruido para enseñar á nadie”.

Estos renglones condensan el espíritu de la crítica francesa contemporánea. Quizás peque de escéptica; pero ninguna es ni ha sido más amplia en sus miras ni menos extremada en sus conclusiones.¹⁰¹

Desde su primer libro hasta el último, García Godoy fue un defensor de esta crítica literaria entendida como “impresionismo eminentemente personal”, que sólo “pretende reflejar serenamente las ideas surgidas y las emociones experimentadas al recorrer las páginas de un libro sin prejuicios ofuscadores o estériles apasionamientos”.¹⁰² Se trataba, pues, de un “juicio crítico” “individualista con exceso” que al estar despojado “por entero de sus viejas ínfulas dogmáticas” no esconde su carácter provisional, contingente, más no falaz. Su veracidad, al estilo de Montaigne, descansaba en la *buena fe* de su autor, en el hecho, afirmaba García Godoy, de “expresar con *sinceridad* la emoción que han despertado en mí ser los pasajes espirituales de vibrante fuerza sugestiva esparcidos bellamente en las publicaciones que han originado los presentes trabajos”.¹⁰³ Era esta sinceridad del juicio la que, de acuerdo con nuestro autor, daba lugar a la verdad, una verdad que pese a ser relativa como “la vida misma”, “la ciencia misma”, “la contemplación misma”, “basta y sobra...para mediante una acción constante dar sólidos cimientos a finalidades progresivas de bien y de belleza”.¹⁰⁴

¹⁰⁰ *Idem*.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 16.

¹⁰² Federico García Godoy, “La hora que pasa”, en *Obras escogidas 2*, p. 169.

¹⁰³ *Ibidem*.

¹⁰⁴ Federico García Godoy, “Páginas efímeras”, en *Obras escogidas 2*, pp. 312-313.

Desde nuestro punto de vista, es en estas nociones de crítica literaria donde descansa, en buena medida, el carácter ensayístico de las reseñas literarias de García Godoy: su hacerse como despliegue de un juicio sobre las obras de sus contemporáneos que es capaz —afirma Weinberg, recuperando a Lukács— de generar sus propios valores juzgadores hasta constituirse en un teatro de experimentación, donde el juicio constituye la herramienta fundamental para la indagación y la construcción del conocimiento y el pensamiento crítico.¹⁰⁵ En el ejercicio de estos juicios literarios, García Godoy reactualizó y reforzó los vínculos y las relaciones intelectuales que estableció con sus colegas hispanoamericanos a través de las cartas y las lecturas, haciéndose partícipe de las discusiones, aspiraciones, tradiciones, debates y polémicas que circularon al interior de estas redes intelectuales. Polémicas tales como la cuestión en torno a la originalidad y la imitación de la literatura hispanoamericana respecto a sus modelos europeos; la utopía de la unidad continental bajo la idea del hispanoamericanismo y el hispanismo; el compromiso social del escritor; la crítica a “la torre de marfil” de los modernistas; o la posición de la cultura hispanoamericana frente al avance económico, político y cultural de los Estados Unidos.

García Godoy se pensó y se autodefinió como crítico impresionista al interior de una “una gran Nación, poderosa, inmensa”, la de Hispano-América, que desde México hasta “la extremidad patagónica” constituía “un gran *todo* sólidamente cohesionado por indestructibles afinidades étnicas, históricas y sociales”. Fue al interior de esa patria imaginaria que él, junto con sus interlocutores, se reivindicó y los reivindicó como precursores de un pujante, aunque todavía incipiente, “movimiento de ideas de renovación”, el cual debía dar al traste con el “quietismo enervante, el estacionamiento vegetativo en que yacen algunos de estos pueblos hispanoamericanos”, para consumir, en su lugar,

un ideal de confraternidad hispano-americana cimentada en una efectiva unidad de ideas, de aspiraciones y de leyes, tal como fue, hace noventa años, el sueño glorioso, el magnífico anhelo de aquel taumaturgo de la victoria, de aquel titán creador de naciones que se llamó Bolívar, quien, por encima de las preocupaciones e ignorancias de su época, vislumbró con la profética intuición de su gigante espíritu, que sólo por medio de una unión cada vez más ín-

¹⁰⁵ Liliana Weinberg, *Situación del ensayo*, op. cit., pp. 49-50.

tima podrían las flamantes repúblicas hispano-americanas asentar sobre bases sólidas su precaria independencia y practicar fructuosa y conscientemente las instituciones de la democracia moderna.¹⁰⁶

En la edición de la Editorial América de su obra *Páginas efímeras*, se incluyó un anuncio donde se enumeraban a los “otros autores que se irían publicando” sucesivamente dentro de la Biblioteca Andrés Bello. Transcribimos in extenso ese listado porque, casi cual grafo de red social, nos permite visualizar a los escritores con los que García Godoy se imaginó crítico y parte de esa patria letrada transnacional, que en las cartas, las lecturas y los ensayos encontró rutas hacia su materialización:

José Enrique Rodó-Rubén Darío-Pedro-Emilio Coll-José Veríssimo-Juan Zorrilla San Martín-Francisco y Ventura García Calderón-Manuel Ugarte-José Ingenieros-R. Blanco-Fombona-B. Sanín Cano-Luis Orrego Luco-M. de Oliveira Lima-Alcides Arguedas-Manuel Díaz Rodríguez-Cornelio Hispano-Manuel González Prada-Enrique Gómez Carrillo-F. García Godoi-Antonio Gómez Restrepo-Juan C. O’Leary-Alfonso Reyes-Amado Nervo-Santiago Arguello-Ernesto de la Cruz-Carlos de Velasco-Fabio y René Fiallo-Enrique Banch-Hermanos Henríquez Ureña-Alberto Ghiraldo-Martiano Leguizamón-Jorge Ricardo Vejarano-Armando Donoso-M. Urbaneja Achelpoll-Arturo R. Carricarte-Manuel Galvés-Tulio M. Cestero-Manuel Sanguily-F. Henríquez y Carvajal-G. Picón-Febres-Froilán Turcios-Orestes Ferrera-Juan Concha-Jacinto López-Luis Llorens Torres-E. Cuervo Márquez-Manuel J. Calle-Jesus Semprúm-S. Pérez Triana-Hugo D. Barbagelata-S. Díaz Mirón-J. Gil Fortoul-Javier de Viana-E. Rodríguez Larreta, y otros autores americanos de la misma importancia.¹⁰⁷

¹⁰⁶ Federico García Godoy, “Páginas efímeras”, *op. cit.*, p. 320.

¹⁰⁷ Federico García Godoy, *La literatura americana de nuestros días (Páginas efímeras)*, Editorial América, Biblioteca Andrés Bello, Madrid, s/f.